de esto, es preciso añadir que *el juicio moral es todavía más severo.*

Nos hallamos ante un fenómeno extraño: mientras las ayudas económicas y los planes de desarrollo tropiezan con el obstáculo de barreras ideológicas insuperables, arancelarias y de mercado, *las armas* de cualquier procedencia circulan con libertad casi absoluta en las diversas partes del mundo. Y nadie ignora que en algunos casos, los capitales prestados por el mundo desarrollado han servido para comprar armamento en el mundo subdesarrollado.

Si a esto se añade el *peligro tremendo*, conocido por todos, que representan las *armas atómicas* acumuladas hasta lo increíble..., la *plaga* típica y reveladora de los desequilibrios y conflictos del mundo contemporáneo: *los millones de refugiados,* a quienes las guerras, calamidades naturales, persecuciones y discriminaciones de todo tipo han hecho perder casa, trabajo, familia y patria..., y la otra plaga del mundo actual: el fenómeno del *terrorismo* entendido como propósito de matar y destruir indistintamente hombres y bienes y crear precisamente un clima de terror y de inseguridad... cuyos actos de terrorismo nunca son justificables...

Ante tanto horror y tanto sufrimiento siguen siendo siempre válidas estas palabras del Papa: «El cristianismo prohíbe... el recurso a las vías del odio, al asesinato de personas indefensas y a los métodos del terrorismo».

El problema demográfico

No se puede negar la existencia —sobre todo en la parte Sur de nuestro planeta— de un problema demográfico que crea dificultades al desarrollo. Es preciso afirmar enseguida que en la parte Norte este problema es de signo inverso: aquí lo que preocupa es *la caída de la tasa de natalidad*, con repercusiones en el envejecimiento de la población, incapaz incluso de renovarse biológicamente.

Este fenómeno es capaz de obstaculizar de por sí el desarrollo. Como tampoco es exacto afirmar que tales dificultades

provengan solamente del crecimiento demográfico; no está demostrado siquiera que cualquier crecimiento demográfico sea incompatible con un desarrollo desordenado.

Por otra parte, resulta muy alarmante constatar en muchos países el lanzamiento de *campañas sistemáticas* contra la natalidad, por iniciativa de sus gobiernos... Este hecho que reclama la condena más enérgica es *indicio de una concepción* errada y perversa del verdadero desarrollo humano.

Aspectos positivos

26. Este panorama, predominantemente negativo, sobre la *situación real* del desarrollo en el mundo contemporáneo, no sería completa si no señalara la existencia de *aspectos positivos.*

El primero es la *plena conciencia,* en muchísimos hombres y mujeres, de su propia dignidad y de la de cada ser humano. Esta conciencia se expresa, por ejemplo, en una vida *preocupación por el respeto de los derechos humanos* y en el más decidido rechazo de su violaciones... La conciencia de que hablamos no se refiere sólo a los *individuos*, sino también a las *naciones* y a los *pueblos...*

En este mundo dividido y turbado por toda clase de conflictos, aumenta la *convicción* de una radical *interdependencia,* y por consiguiente de una *solidaridad* necesaria, que la asuma y traduzca en el plano moral. Hoy quizá más que antes, los hombres se dan cuenta de tener un *destino común* que construir juntos, si se quiere evitar la catástrofe para todos.

Aquí se inserta también, como signo del *respeto por la vida* —no obstante todas las tentaciones por destruirla, desde el aborto a la eutanasia— la *preocupación concomitante* por la paz; y, una vez más, se es consciente de que ésta es *indivisible,* o es de *todos* o de *nadie.*

Es justo reconocer también el empeño de gobernantes, políticos, economistas, sindicalistas, hombres de ciencia y funcionarios internacionales —muchos de ellos inspirados por su fe religiosa— por resolver con no pocos sacrificios personales los

males del mundo y contribuir a que todos disfruten del beneficio de la paz.

A ello han contribuido en gran medida las grandes Organizaciones... y gracias a estas aportaciones, algunos países del tercer mundo, no obstante el peso de numerosos condicionamientos negativos, han logrado alcanzar *una cierta autosuficiencia alimentaria*, o un grado de industrialización que les permite subsistir dignamente y garantizar fuentes de trabajo a la población activa.

Cap. 4.º: EL AUTÉNTICO DESARROLLO

La mera acumulación de bienes no proporciona la felicidad humana

28. El verdadero desarrollo no se logra con la mera acumulación de bienes materiales. Estos no bastan para proporcionar la felicidad humana. Sin progreso espiritual todo se vuelve contra el hombre en la llamada civilización de consumo.

Junto a las miserias del subdesarrollo, que son intolerables, nos encontramos con una especie de *superdesarrollo*, igualmente inaceptable. Esta es la llamada civilización de «consumo» o consumismo, que comporta tantos «desechos» o «basuras». Un objeto poseído, y ya superado por otro más perfecto, es descartado simplemente sin tener en cuenta su posible valor permanente para uno mismo o para otro ser humano más pobre.

Una de las mayores injusticias del mundo contemporáneo consiste precisamente en esto: en que son relativamente *pocos* los que poseen mucho, y *muchos* los que no poseen casi nada. Es la injusticia de la mala distribución de los bienes y servicios destinados originariamente a todos.

Realeza transcendente del hombre

29. Hay que rescatar la realidad transcendente del ser hu-

mano. La fe nos enseña a insertar la propia historia en el plan divino.

El hombre tiene cierta afinidad con las demás criaturas: está llamado a utilizarlas a ocuparse de ellas y —siempre según la narración del Génesis (2,15)— es colocado en el jardín para cultivarlo y custodiarlo, por encima de todos los demás seres puestos por Dios bajo su dominio. Pero al mismo tiempo, el hombre debe someterse a la voluntad de Dios, que le pone límites en el uso y dominio de las cosas, a la par que le promete la inmortalidad (Gén. 2,9; Sab. 2,23)...

Según esta enseñanza el desarrollo no puede consistir solamente en el uso, dominio y posesión *indiscriminada* de las cosas creadas y de los productos de la industria humana, sino más bien en *subordinar* la posesión, el dominio y el uso a la semejanza divina del hombre y a su vocación a la inmortalidad.

Cooperar al desarrollo de todo hombre y de todos los hombres

El Papa recuerda su encíclica *Laborem exercens* en la que se refiere a la vocación del hombre al trabajo, para subrayar el concepto de que siempre es él el protagonista del desarrollo.

Y en ésta nos recuerda cómo el Señor Jesús, en la parábola de los talentos pone de relieve el trato severo reservado al que osó esconder el talento recibido: *«Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí... Quitadle, por tanto su talento y dádselo al que tiene los diez talentos»* (Mt. 25,26-28).

A nosotros, que recibimos los dones de Dios para hacerlos fructificar, nos toca «sembrar» y «recoger». Si no lo hacemos, se nos quitará incluso lo que tenemos. Todos, pues, debemos cooperar con nuestro trabajo en el desarrollo pleno de los demás.

Los adornos superfluos de los templos y objetos preciosos del culto, al servicio de los pobres

En la Biblia leemos: *«Cristo es el primogénito de toda la*

creación y todo fue creado por Él y para Él« (Col. 1,15-16), y por ser dueño de todo, Él merece toda alabanza y todo lo más precioso para el culto; pero ante las necesidades perentorias de los pobres, la Iglesia, sus ministros y cada uno de sus miembros, están llamados a aliviar la miseria de los que sufren cerca o lejos, no sólo son lo «superfluo», sino con lo «necesario». Por tanto, ante los casos de necesidad, podría ser obligatorio enajenar los objetos preciosos del culto para dar pan, vestido y casa a quien carece de ello.

Un imperativo común

32. La obligación de empeñarse por el desarrollo de los pueblos no es un deber solamente *individual*, ni mucho menos *individualista*, como si se pudiera conseguir con los esfuerzos aislados de cada uno. Es un imperativo para *todos y cada uno* de los hombres y mujeres, para las sociedades y las naciones, en particular para la Iglesia católica y para las otras iglesias y comunidades eclesiales, con las que estamos dispuestos a colaborar en este campo.

La colaboración al desarrollo de todo hombre y de cada hombre es un deber de *todos para con todos* y, al mismo tiempo, debe ser común a las cuatro partes del mundo: Este y Oeste, Norte y Sur; o a los diversos «mundos», como suele decirse.

Carácter moral del desarrollo

33. No sería verdaderamente *digno del hombre* un tipo de desarrollo que no respetase y promoviera los *derechos humanos*, personales y sociales, económicos y políticos, incluidos los derechos de las Naciones y pueblos.

Hoy, quizá más que antes, se percibe con mayor claridad la *contradicción intrínseca* de un desarrollo que fuera *solamente* económico, pues es necesario atender a su carácter *moral*, porque cuando los individuos y las comunidades no ven rigurosamente respetadas las exigencias morales, culturales y espirituales

fundadas sobre la dignidad de la persona y sobre la identidad propia de cada comunidad, comenzando por la familia y las sociedades religiosas, todo lo demás resultará insatisfactorio y, a la larga, despreciable.

El verdadero desarrollo, según las exigencias *propias* del ser humano, implica por parte de cuantos intervienen y son responsables en ese proceso, una *viva conciencia del valor* de los derechos de todos y de cada uno... y que sean respetados todos los derechos: especialmente el derecho a la vida, los derechos de la familia, como comunidad social básica o «célula de la sociedad»..., así como los basados en la *vocación trascendente* del ser humano, empezando por el derecho a la libertad de profesar y practicar el propio credo religioso.

En el *orden internacional* es necesario el pleno *respeto* de la identidad de cada pueblo, y se le reconozca igual derecho «a sentarse a la mesa del banquete común», en lugar de yacer a la puerta como Lázaro, mientras «los perros vienen y lamen las llagas» (Lc. 16,21)... Para ser tal, el desarrollo debe realizarse en el marco de la *solidaridad* y de la *libertad*...

Conservación de la naturaleza

34. El carácter moral del desarrollo no puede prescindir tampoco del respeto por *los seres que constituyen* la naturaleza visible, y que los griegos, aludiendo precisamente al *orden* que lo distingue, llamaban el «cosmos».

Es necesario tomar *conciencia* de que no se pueden utilizar impunemente las diversas categorías de seres, vivos o inanimados —animales, plantas, elementos naturales— como mejor apetezca, sino que conviene tener en cuenta la *naturaleza de cada ser y su mutua conexión* en un sistema ordenado, que es precisamente el cosmos.

También es necesario no usarlos como si fueran inagotables, con *dominio absoluto*, porque sería poner en peligro su futura disponibilidad, no sólo para la generación presente, sino sobre todo para las futuras. Además hay que tener en cuenta la *calidad de via* en las zonas industrializadas, que es la contami-

nación del ambiente, con graves consecuencias para la salud de la población.

Cap. 5.º: UNA LECTURA TEOLÓGICA DE LOS PROBLEMAS MODERNOS

35. A la luz del carácter esencial *moral*, propio del desarrollo, hay que considerar también los *obstáculos* que se oponen a él. Y la superación de estos sólo se obtendrá gracias a las decisiones *esencialmente morales,* las cuales, para los creyentes y especialmente los cristianos, se inspirarán en los principios de la fe, con la ayuda de la gracia divina.

El mundo sometido a estructuras de pecado

36. Hay que destacar que un mundo dividido en bloques, presidios a su vez por ideologías rígidas, conde en lugar de la interdependencia y la solidaridad, dominan diferentes formas de imperialismo, no es más que un mundo sometido a *estructuras de pecado.*

Estas estructuras se fundan en el pecado personal y están siempre unidas a *actos concretos* de las personas y vienen a ser fuentes de otros pecados y raíz de los males que nos aquejan.

Se puede hablar ciertamente de «egoísmo» y de «estrechez de miras». Se puede hablar también de «cálculos políticos errados» y de «decisiones económicas imprudentes». Y en cada una de estas calificaciones se percibe una resonancia de carácter *ético-moral.*

Si todo lo fundásemos en la fe de Dios y en su ley que ordena el bien y prohíbe el mal, se resolverían mejor toda clase de cuestiones. Dios «rico en misericordia», «Redentor del hombre». «Señor y dador de vida» exige de los hombres actitudes precisas que se expresan también en acciones u omisiones ante el prójimo. Aquí hay una referencia a la llamada «segunda tabla» de los diez Mandamientos (Ex. 20; Dt. 5,16-21). Cuando no se cumplen éstos se ofende a Dios y se perjudica al prójimo,

introduciendo en el mundo condicionamientos y obstáculos que van mucho más allá de las acciones y de la breve vida del individuo. Afectan asimismo al desarrollo de los pueblos...

Afán de ganancia exclusiva y sed de poder

37. Entre las opiniones y actitudes opuestas a la voluntad divina y al bien del prójimo, las más características son: *el afán de ganancia exclusiva* por una parte, y por otra *la sed de poder* «a cualquier precio». Ambas actitudes parecen ir unidas, y no solamente los individuos son quienes pueden ser víctimas de estas dos actitudes de pecado, sino también las naciones y los bloques.

La *naturaleza real* del mal al que nos enfrentamos en la cuestión del desarrollo de los pueblos, es un *mal moral*, fruto *de muchos pecados,* que llevan a «estructuras de pecado»...

Creciente interdependencia entre los hombres y entre las naciones

38. Es de desear que nos convenzamos que los obstáculos opuestos al pleno desarrollo no son solamente de orden económico, sino que dependen de *actitudes más profundas* que se traducen para el ser humano, en valores absolutos. Y es de esperar que aquéllos que son responsables de una «vida más humana» para sus semejantes se den cuenta plenamente de la necesidad urgente de un *cambio* en las *actitudes espirituales* que definen las relaciones de cada hombre y consigo mismo, con el prójimo, con las comunidades humanas... y ello en función de unos valores superiores, como el *bien común.*

Para los *cristianos*, así como para quienes la palabra «pecado» tiene un significado teológico, este cambio de actitud o de mentalidad, o de modo de ser, se llama, en el lenguaje bíblico, «conversión».

En el camino hacia esta deseada conversión, hacia la superación de los obstáculos morales para el desarrollo, se puede

señalar ya, como un valor *positivo y moral,* la conciencia creciente de la *interdependencia* entre los hombres y entre las naciones en todos los aspectos económico, cultural, político y religioso a la que corresponde como «virtud», la *solidaridad*...

La solidaridad, un camino hacia la paz y hacia el desarrollo

39. El ejercicio de la solidaridad *dentro de cada sociedad* es válido sólo cuando sus miembros se reconocen unos a otros *como personas*. Los que cuentan más, al disponer de una porción mayor de bienes y servicios comunes, han de sentirse *responsables* de los más débiles, dispuestos a compartir con ellos lo que poseen.

Signos positivos del mundo contemporáneo son la *creciente conciencia* de solidaridad de los pobres entre sí, así como también sus iniciativas de mutuo apoyo y su *afirmación pública* en el escenario social, no recurriendo a la violencia, sino presentando sus carencias y sus derechos frente a la ineficacia o a la corrupción de los poderes públicos.

La interdependencia debe convertirse en *solidaridad*, fundada en el principio de que los bienes de la creación *están destinados a todos*.

La *solidaridad* nos ayuda a ver al «otro» —*persona, pueblo o nación*— como un *semejante* nuestro, una «ayuda» para hacerlo partícipe como nosotros del banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios. De aquí la importancia de despertar la *conciencia religiosa* de los hombres y de los pueblos.

La solidaridad que proponemos es un *camino hacia la paz y hacia el desarrollo*... Lo opuesto a la paz son las «estructuras de pecado»...

Solidaridad humana y cristiana

40. La *solidaridad* es sin duda una *virtud cristiana*, y bien podemos vislumbrar numerosos puntos de contacto entre ella y

la *caridad*, que es signo distintivo de los discípulos de Cristo (Jn. 13,35).

A la luz de la fe, la solidaridad tiende a superarse a sí misma, al revestirse de las dimensiones *específicamente cristianas* de gratitud total, perdón y reconciliación. Entonces el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en la *imagen viva* de Dios Padre, rescatado por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo. Por tanto debe ser amado, aunque sea enemigo, como nos enseña el mismo Jesucristo.

Cap. 6.º: ALGUNAS ORIENTACIONES PARTICULARES

41. La Iglesia no tiene *soluciones técnicas* que ofrecer al problema del subdesarrollo en cuanto tal, es decir, no propone sistemas o programas económicos y políticos, ni manifiesta preferencias por unos o por otros, con tal que la dignidad del hombre sea debidamente respetada y promovida, y ella goce del espacio necesario para ejercer su ministerio en el mundo. Y para que el desarrollo sea auténtico, o sea, conforme a la dignidad del hombre y de los pueblos, no puede ser reducido solamente a un problema «técnico».

Por eso, la Iglesia tiene *una palabra que decir* sobre los obstáculos que se oponen al verdadero desarrollo. Al hacerlo así, cumple su misión *evangelizadora*, ya que da su *primera contribución* la solución del problema urgente del desarrollo cuando proclama la verdad sobre Cristo, sobre sí misma y sobre el hombre, aplicándola a una situación completa.

A este fin la Iglesia utiliza como *instrumento* su *doctrina social*, que no es «una tercera vía» entre *el capitalismo liberal* y el *colectivismo marxista*, sino formulación cuidadosa tras reflexiones profundas en torno a las complejas realidades a la luz de la fe y la tradición eclesial.

Opción preferencial por los pobres

42. Entre los temas y orientaciones características tratados por el Magisterio estos años, el Papa señala la *opción o amor preferencial* por los pobres. ësta es una opción o una *forma especial* de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia.

Pero hoy, vista la dimensión mundial que ha adquirido la cuestión social, este amor preferencial, con las decisiones que nos inspira, no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor: no se puede olvidar la existencia de esta realidad. Ignorarlo significaría parecernos al «rico Epulón» que fingía no conocer al mendigo Lázaro, postrado a su puerta (Lc. 16,19-31).

Es necesario recordar una vez más aquel principio peculiar de la doctrina cristiana: los bienes de este mundo están *originariamente destinados a todos*. El derecho a la propiedad privada es *válido y necesario*, pero no anula el valor de tal principio.

Algunas reformas necesarias

43. Esta preocupación acuciante por los pobres —que, según la significativa fórmula, son «los pobres del Señor»— debe traducirse, a todos los niveles en acciones concretas hasta *alcanzar decididamente* algunas reformas necesarias. Depende de cada situación local determinar las más urgentes y los modos para realizarlas...

44. El desarrollo requiere sobre todo espíritu de iniciativa por parte de los mismos países que lo necesitan. Cada uno de ellos ha de actuar según sus propias responsabilidades *sin esperarlo todo* de los países más favorecidos y actuando en colaboración con los que se encuentran en la misma situación. Cada uno debe descubrir y aprovechar lo mejor posible el espacio de su *propia libertad*...

Es importante, además, que las *mismas naciones en vías de desarrollo* favorezcan la *autoafirmación* de cada uno de sus

ciudadanos mediante el acceso a una mayor cultura y a una libre circulación de las informaciones.

Todo lo que favorezca la *alfabetización y la educación de base,* que la profundice y complete es una contribución directa al verdadero desarrollo.

Colaboración internacional

45. Cuanto se ha dicho no se podrá realizar *sin la colaboración de todos,* especialmente de la comunidad internacional, en el marco de una *solidaridad* que abarque a todos, empezando por los más marginados. Pero las mismas naciones en vías de desarrollo tienen el deber de practicar la *solidaridad entre sí* y con los países más marginados del mundo.

Conclusión

46. Los pueblos y los individuos aspiran a su *liberación*: la búsqueda del pleno desarrollo es el signo de un deseo de superar los múltiples obstáculos que les impiden gozar de una «vida más humana».

La aspiración a la liberación de toda forma de esclavitud, relativa al hombre y a la sociedad, es algo noble y válido. Un desarrollo solamente económico no es capaz de liberar al hombre, al contrario, lo esclaviza todavía más. Un desarrollo que no abarque la *dimensión cultural, transcendente y religiosa* del hombre y de la sociedad, en la medida que no reconoce la existencia de tales dimensiones, no orienta en función de las mismas sus objetivos y prioridades, contribuiría aún menos a la verdadera liberación.

El ser humano es totalmente libre, sólo cuando es *él mismo*, en la plenitud de sus derechos y deberes; y lo mismo cabe decir de la sociedad.

El principal obstáculo que la verdadera liberación debe vencer es el *pecado* y las *estructuras* que llevan al mismo, a medida que se multiplican y se extienden.

47. La Iglesia tiene también *confianza en el hombre*, aún conociendo la maldad de que es capaz, porque sabe bien —no obstante el pecado heredado y el que cada uno puede cometer— que hay en la pesona humana suficientes cualidades y energías, y hay una «bondad» fundamental, porque es imagen de su Creador, puesta bajo el influjo redentor de Cristo, «cercano a todo hombre» y porque la acción eficaz del Espíritu Santo «llena la tierra» (Sab. 1,7). Por tanto, no se justifica ni la desesperación, ni el pesimismo, ni la pasividad... Todos estamos llamados, más aún *obligados*, a afrontar este *tremendo desafío* de la última década del segundo milenio.

El Papa termina diciendo: Quiero *dirigirme a todos,* hombres y mujeres sin excepción, para que, convencidos de la gravedad del momento presente y de la respectiva responsabilidad individual, pongamos por obra las medidas inspiradas en la solidaridad y en el amor preferencial por los pobres.

El Reino de Dios se hace *presente* ahora, sobre todo en la celebración del *Sacramento de la Eucaristía,* que es el sacrificio del Señor... y mediante ella el Señor *nos une consigo y nos une entre nosotros* con un vínculo más perfecto que toda unión natural; y unidos *nos envía* al mundo entero para dar testimonio, con la fe y con las obras, del amor de Dios, preparando la venida de su Reino y anticipándolo en las sombras del tiempo presente.

Las últimas palabras de la encíclica son éstas:

Ante la Trinidad Santísima, confío a María todo lo que he expuesto en esta Carta, invitando a todos a reflexionar y a comprometerse activamente en promover el verdadero desarrollo de los pueblos, como lo expresa la oración de la Misa por esta intención:

«Oh Dios, que diste un origen a todos los pueblos y quisiste formar con ellos una sola familia en tu amor, llena los corazones del fuego de tu caridad y suscita en todos los hombres el deseo de un progreso justo y fraternal, para que se realice cada uno como persona humana y reinen en el mundo la igualdad y la paz».

Octava Carta Encíclica

REDEMPTORIS MISSIO

(La misión del Redentor)

Quince años después de la *«Evangelii nuntiandi»* —tal vez el más inspirador documento en lo relativo a la obra evangelizadora— Juan Pablo II publica esta encíclica en la que comienza constatando como *la Misión del Redentor* confiada a la Iglesia está aún lejos de cumplirse. De ahí el imperioso deber de repetir el grito del apóstol Pablo: *«¡Ay de mí si no evangelizo...»*...

Introducción

1. A finales del segundo milenio después de la venida de JesuCristo, una mirada global a la humanidad demuestra que la misión de Cristo Redentor se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio. El Espíritu Santo es quien impulsa a anunciar las grandes obras de Dios, y en nombre de toda la Iglesia, dice el Papa, siento imperioso el deber de repetir el grito de San Pablo: *«Ay de mí, si no predicara el Evangelio!»* (1 Cor. 9,16).

Desde el comienzo de mi pontificado, continúa diciendo el Papa, he tomado la decisión de viajar hasta los últimos confines de la tierra para poner de manifiesto la solicitud misionera; y precisamente el contacto directo con los pueblos que desco-

nocen a Cristo me ha convencido aún más de la *urgencia de tal actividad*, a la cual dedico la presente encíclica.

2. Muchos son los frutos misioneros del concilio, pero a pesar de haberse multiplicado las Iglesias locales provistas de obispo, clero y personal apostólico propios..., a pesar de la labor evangelizadora de los laicos, y de estarse afianzando una conciencia nueva: *la misión atañe a todos los cristianos...*, no obstante, en esta «nueva primavera» del cristianismo no se puede dejar oculta una tendencia negativa, que este documento quiere contribuir a superar: la misión específica *ad gentes* parece que se va parando, ya que dificultades internas y externas han debilitado el impulso misionero de la Iglesia hacia los no cristianos, lo cual es un hecho que debe preocuparnos a todos los creyentes en Cristo, pues mientras este impulso misionero ha sido siempre signo de vitalidad, su disminución es signo de una crisis de fe.

El presente documento se propone una finalidad interna: la renovación de la fe y de la vida cristiana. *¡La fe se fortalece dándola!...*

«Cristo Redentor —he escrito en mi primera encíclica— revela plenamente el hombre al mismo hombre. El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo... debe... acercarse a Cristo...».

3. *¡Pueblos todos, abrid las puertas a Cristo!* Su Evangelio no resta nada a la libertad humana, al debido respeto de las culturas, a cuanto hay de nuevo en cada religión. Al acoger a Cristo, os abrís a la palabra definitiva de Dios, a aquél en quien Dios se ha dado a conocer plenamente y a quien el mismo Dios nos ha indicado como camino para llegar a Él.

El número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente, más aún, desde el final del Concilio casi se ha duplicado... Es, pues, patente la urgencia de la misión.

Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos.

Cap. 1.º: JesuCristo, único salvador

4. El cometido fundamental de la Iglesia en todas ls épocas, y particularmente en la nuestra, es «dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo».

La misión universal de la Iglesia nace de la fe en JesuCristo, tal como se expresa en la profesión de la fe trinitaria: «Creo en un solo Señor, JesuCristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos... Por nosotros, los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y, por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre».

En el hecho de la redención está la salvación de Dios... y sólo en la fe se comprende y se fundamenta la misión.

Algunos se preguntan: ¿es válida aún la misión entre los no cristianos?... ¿No puede uno salvarse en cualquier religión? *¿Para qué, entonces, la misión?*

Nadie va la Padre sino por Mí (Jn. 14,69)

5. Cristo es el único Salvador de la humanidad, el único en condiciones de revelar a Dios y de guiar hacia Dios. A las autoridades religiosas judías que interrogan a los apóstoles sobre la curación del tullido realizada por Pedro, éste responde: *«Por el nombre de JesuCristo, el Nazareno, a quien vosotros crucificastes y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por su nombre y no por ningún otro se presenta éste aquí sano delante de vosotros... Porque no hay bajo el cielo otro hombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos»* (Hech. 4,10 ss.)... Para todos —judíos y gentiles— la salvación no puede venir más que de JesuCristo.

La universalidad de esta salvación en Cristo es afirmada en todo el Nuevo Testamento, y en él se confiesa a un único Dios y a un único Señor en contraste con la multitud de «dioses» y «señores» que el pueblo admitía (1 Cor. 8,5-6).

La revelación de Dios se hace definitiva y completa por medio de su Hijo unigénito: *«Muchas veces y de muchos mo-*

dos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo, a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos» (Heb. 1,1-2; Jn. 14-6).

En esta Palabra definitiva de su revelación, Dios se ha dado a conocer del modo más completo; ha dicho a la humanidad *quién es.*

Los hombres no pueden entrar en comunión con Dios, si no es por medio de Cristo y bajo la acción del Espíritu Santo.

6. San Juan afirma claramente que el Verbo, que *«estaba en el principio con Dios»*, es el mismo que *«se hizo carne»* (Jn. 1,2.14). Jesús es el Verbo encarnado, una sola persona e inseparable: no se puede separar a Jesús de Cristo, ni hablar de un «Jesús de la historia», que sería distinto del «Cristo de la fe».

La Iglesia conoce y confiesa a Jesús como *«el Cristo, el Hijo de Dios vivo»* (Mt. 16,16). Cristo no es sino Jesús de Nazaret, y éste es el verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos. En Cristo reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente» (Col. 2,9) y «de su plenitud hemos recibido todos» (Jn. 1,6).

La fe en Cristo es una respuesta a la libertad del hombre

7. La urgencia de la actividad misionera brota de la *radical novedad de vida*, traída por Cristo y vivida por sus discípulos. Esta nueva vida es un don de Dios, y al hombre se le pide que lo acoja y desarrolle, si quiere realizarse según su vocación integral en conformidad con Cristo.

Dios ofrece al hombre esta vida nueva: ¿Se puede rechazar a Cristo y todo lo que Él ha traído a la historia del hombre? Ciertamente es posible. El hombre es libre. Él puede decir no a Dios. El hombre puede decir no a Cristo. Pero sigue en pie la pregunta fundamental: ¿Es lícito hacer esto? ¿Con qué fundamento es lícito?

8. En el mundo moderno hay tendencia a reducir al hombre a una mera dimensión horizontal. Pero ¿en qué se convierte el hombre sin apertura al absoluto? La respuesta se halla no sólo

en la experiencia de cada hombre, sino también en la historia de la humanidad con la sangre derramada en nombre de ideologías y de regímenes políticos que han querido construir una «nueva humanidad» sin Dios.

A cuantos estén preocupados por salvar la libertad de conciencia, el Concilio Vaticano II dice: «La persona humana tiene derecho a la libertad religiosa...; todos los hombres han de estar inmunes de coacción por parte de personas particulares como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y esto de tal manera que en materia religiosa ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia ni se le impide que actúe conforme a ella en privado y en público, solo o asociado con otros dentro de los límites debidos» (DH. 2).

El anuncio y el testimonio de Cristo, cuando se llevan a cabo respetando las conciencias, no violan la libertad. La fe exige la libre adhesión del hombre, pero debe ser propuesta, pues «las multitudes tienen derecho a conocer las riquezas de Cristo...».

Por eso la Iglesia mantiene vivo su empuje misionero... y todos los hombres, conforme a su dignidad, por ser personas tienen la obligación moral de buscar la verdad, sobre todo lo que se refiere a la religión. Están obligados asimismo a adherirse a la verdad conocida y a ordenar toda su vida según las exigencias de la verdad».

La Iglesia, signo e instrumento de salvación

9. El Concilio ha reclamado ampliamente el papel de la Iglesia para la salvación de la humanidad. A la par que reconoce que Dios ama a todos los hombres y les concede la posibilidad de salvarse (1 Tim. 2,4), la Iglesia profesa que Dios ha constituido a Cristo como único mediador y que ella misma ha sido constituida como sacramento universal de salvación.

La salvación, que siempre es don del Espíritu, exige la colaboración del hombre para salvarse tanto a sí mismo como a los demás.

La salvación es ofrecida a todos los hombres

10. La universalidad de la salvación no significa que se conceda solamente a los que, de modo explícito, creen en Cristo y han entrado en la Iglesia. Si es destinada a todos, la salvación debe estar en verdad a disposición de todos. Pero es evidente que, tanto hoy como en el pasado, muchos hombres no tienen la posibilidad de conocer o aceptar la revelación del Evangelio y de entrar en la Iglesia.

Para ellos, la salvación de Cristo es accesible en virtud de la gracia que los ilumina y es comunicada por el Espíritu Santo: ella permite a cada uno llegar a la salvación mediante su libre colaboración.

«Nosotros no podemos menos de hablar» (Hech. 4,20)

11. ¿Qué decir, pues, de las objeciones ya mencionadas sobre la misión *ad gentes*? Con pleno respeto de todas las creencias y sensibilidades, ante todo debemos afirmar con sencillez nuestra fe en Cristo, único Salvador del hombre; fe recibida como un don que proviene de lo alto, sin mérito por nuestra parte. Decimos con San Pablo: *«No me avergüenzo del Evangelio, que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree»* (Rom. 1,16).

Los mártires cristianos de todas las épocas —también los de la nuestra— han dado y siguen dando la vida por testimoniar ante los hombres esta fe en Cristo, que se ha proclamado Hijo de Dios...

La Iglesia ofrece a los hombres el Evangelio, documento profético, que responde a las exigencias y aspiraciones del corazón humano y que es siempre «Buena Nueva».

A la pregunta: *¿Para qué la misión?* Respondemos con la fe y la esperanza de la Iglesia: abrirse al amor de Dios es la verdadera liberación de la esclavitud del pecado... *La misión es un problema de fe,* es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros.

La tentación actual es la de recudir el cristianismo a una

sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del bien vivir... En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndoles a los admirables horizontes de la filiación divina.

¿Por qué la misión? Porque a nosotros como a San Pablo, «se nos ha concedido la gracia de anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo (Ef. 3,8). La novedad de vida en Él es la «Buena Nueva» para el hombre de todo tiempo: a ella han sido llamados y destinados todos los hombres.

La Iglesia, y en ella todo cristiano, no puede esconder y conservar para sí esta novedad y riqueza, recibidas de la divina bondad para ser comunicada a todos los hombres.

Cap. 2.º: EL REINO DE DIOS

12. «Dios rico en misericordia es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre... y nos lo ha hecho conocer»... y el mismo JesuCristo es la revelación y la encarnación de la misericordia del Padre.

La salvación consiste en creer y acoger el misterio del Padre y de su amor, que se manifiesta y se da en Jesús mediante el Espíritu. Así se cumple el Reino de Dios, llevado a cabo por Cristo y anunciado a todas las gentes por la Iglesia... Dios es creador y Padre de todos los hombres: se cuida de todos, y a todos extiende su bendición (Gén. 12,3).

Cristo hace presente el Reino

13. Jesús de Nazaret lleva a cumplimiento el plan de Dios. Después de haber recibido el Espíritu Santo en el bautismo, manifiesta su vocación mesiánica: recorre Galilea proclamando «la Buena Nueva» de Dios: *El tiempo se ha cumplido y el Reino está cerca, convertíos y creed en la Buena Nueva*» (Mc. 1,14-15; Mt. 4,17).

La proclamación y la instauración del Reino de Dios son el

objeto de su misión: «Porque a esto he sido enviado» (Lc. 4,43). Pero hay algo más: Jesús en persona es la «Buena Nueva», y es presencia del Reino, cuya palabra equivale a reinado» de Dios en las almas..., y Él proclama esta «Buena Nueva», o sea, su Evangelio no sólo con lo que dice o hace, sino también con lo que es.

El ministerio de Jesús se describe en el contexto de los viajes por su tierra, en los que anunciará que «el Reino de Dios está cerca» y la fe lo ve ya presente en los signos como en los milagros, los exorcismos, la elección de los Doce, el anuncio de la buena nueva a los pobres... En los encuentros de Jesús con los paganos se ve con claridad que la entrada en el Reino acaece mediante la fe y la conversión (Mc. 1,15) y no por la mera pertenencia étnica.

El Reino inaugura Jesús es el reino de Dios, y Él mismo nos revela quién es este Dios, al que llama con el término familiar «Abba», Padre (Mc. 14,36). El Dios revelado sobre todo en las parábolas es sensible a las necesidades, a los sufrimientos de todo hombre; es un Padre amoroso y lleno de compasión, que perdona... «Dios es amor» y todo hombre es invitado a «convertirse» y «creer» en su amor misericordioso...

Características y exigencias del Reino

14. Jesús revela progresivamente las características y exigencias del Reino mediante sus palabras, sus obras y su persona. El Reino está destinado a todos los hombres, dado que todos son llamados a ser sus miembros.

Al comienzo de su ministerio proclama que ha sido «*enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva*» (Lc. 3,18), y a todas las víctimas del rechazo y del desprecio, Jesús les dice: «*Bienaventurados los pobres...*» (Lc. 6,20). Además, hace vivir ya a estos marginados una experiencia de liberación, estando con ellos y yendo a comer con ellos (Lc. 5,30; 15,2), tratándoles como a iguales y amigos (Lc. 7,34), y manifestando su ternura hacia los necesitados y los pecadores (Lc. 15).

La liberación y la salvación que el Reino de Dios trae con-

sigo alcanzan a la persona humana en su dimensión tanto física como espiritual. Dos gestos caracterizan la misión de Jesús: curar y perdonar... Mientras cura, Jesús invita a la fe, a la conversión, al deseo de perdón (Lc. 5,24): Recibida la fe, la curación anima a ir más lejos: introduce en la salvación (Lc. 18,42 s.).

15. El Reino tiende a transformar las relaciones humanas, a perdonar progresivamente, a medida que los hombres aprenden a amarse, a perdonarse y a servirse mutuamente. Jesús se refiere a toda la ley, centrándola en el mandamiento del amor (Mt. 22,34-40), y su mandamiento nuevo es éste: *«Qué os améis los unos a los otros como yo os he amado»* (Jn. 15,12).

El amor con que Jesús ha amado al mundo halla su expresión suprema en el don de la vida por los hombres (Jn. 15,13), manifestando así el amor que el Padre tiene por el mundo (Jn. 3,16)... Construir el Reino significa trabajar por la liberación del mal en todas sus formas...

En el resucitado llega a su cumplimiento y es proclamado el Reino de Dios

16. Al resucitar Jesús de entre los muertos, Dios ha vencido la muerte y en Él ha inaugurado definitivamente su Reino. Durante su vida terrena, Jesús es el profeta del Reino y, después de su pasión, resurrección y ascensión al cielo, participa del poder de Dios y de su dominio sobre el mundo. Los discípulos se percatan de que el Reino ya está presente en la persona de Jesús y se va instaurando paulatinamente en el hombre y en el mundo...

En efecto, después de su resurrección ellos predicaban el Reino, anunciando a Jesús muerto y resucitado...

El Reino con relación a Cristo y a la Iglesia

17. Hoy se habla mucho del Reino, pero no siempre en sintonía con el sentir de la Iglesia, En efecto, se dan concepciones de la salvación y de la misión que podemos llamar

«antropocéntricas», en el sentido reductivo del término, al estar centradas en torno a las necesidades terrenas del hombre y con unos horizontes cerrados a lo trascendente.

El Reino de Dios, en cambio, *«no es de este mundo, no es de aquí»* (Jn. 18,36). El Reino que Cristo vino a predicar es un reinado que tiene ahora su principio en la tierra y ha de tener su término en el cielo (Mt. 25,34).

Además del Reino, tal como lo entienden, termina por marginar o menospreciar a la Iglesia, como reacción a un supuesto «eclesiocentrismo» del pasado y porque consideran a la Iglesia misma sólo un signo, por lo demás no exento de ambigüedad.

18. El Reino de Dios que conocemos por la revelación no puede ser separado de Cristo ni de la Iglesia, pues Cristo no sólo ha anunciado el Reino, sino que en Él el Reino mismo se ha hecho presente y ha llegado a su cumplimiento: «Sobre todo el Reino se manifiesta en la persona misma de Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre, quien vino *a servir y a dar su vida para la redención de muchos»* (Mc. 10,45).

El Reino de Dios no es un concepto o una doctrina, es ante todo *una persona* que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible. Si se separa el Reino de la persona de Jesús, no existe ya el reino de Dios revelado por Él... El Reino tampoco puede ser separado de la Iglesia. Ciertamente, ésta no es fin para sí misma, ya que está ordenada al Reino de Dios, del cual es germen, signo e instrumento... La misión de la Iglesia es anunciarlo e instaurarlo en todos los pueblos (LG. 4).

19. Este Reino exige la promoción de los bienes humanos y de los valores, que bien pueden llamarse «evangélicos», porque están íntimamente unidos a la Buena Nueva. Pero esta promoción, que la Iglesia siente también muy dentro de sí, no puede separarse ni contraponerse a los otros cometidos, como son el anuncio de Cristo y de su Evangelio. Pablo VI afirmó la existencia de «un vínculo profundo entre Cristo, la Iglesia y la evangelización»...

La Iglesia al servicio del Reino

20. La Iglesia está efectiva y concretamente al servicio del Reino. Lo está, ante todo, mediante el anuncio que llama a la conversión; éste es el primero y fundamental servicio a la venida del Reino en las personas y en la sociedad humana. La salvación escatológica empieza ya, desde ahora, con la novedad de la vida en Cristo...

La Iglesia, pues, sirve al reino, fundando comunidades e instituyendo Iglesias particulares, llevándolas a la madurez de la fe y de la caridad... La Iglesia, además, sirve al Reino difundiendo en el mundo los «valores evangélicos», que son expresión de ese Reino y ayudan a los hombres a acoger el designio de Dios.

El Reino, por ser don y obra de Dios, debemos pedirlo, acogerlo, hacerlo crecer dentro de nosotros; pero también debemos cooperar para que el Reino sea acogido y crezca entre los hombres, hasta que Cristo «entregue a Dios Padre el Reino, y Dios sea todo en todo (1 Cor. 15,24.28).

Cap. 3.º:EL ESPÍRITU SANTO PROTAGONISTA DE LA MISIÓN

21. La obra salvífica, basada en el sacrificio de la cruz, es encomendada por Jesús a los hombres: a los apóstoles y a la Iglesia. Sin embargo en estos hombres y por medio de ellos, el Espíritu Santo sigue siendo el protagonista trascendente de la realización de esta obra en el espíritu del hombre y en la historia del mundo.

El Espíritu actúa por medio de los apóstoles, pero al mismo tiempo actúa también en los oyentes: «Mediante su acción, la buena nueva toma cuerpo en las conciencias y en los corazones y se difunde en la historia. En todo está el Espíritu Santo que da la vida».

El envío hasta los confines de la tierra (Hech. 1,8)

22. Todos los evangelistas, al narrar el encuentro del resucitado con los apóstoles, concluyen con el mandato misional: *«Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes. Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»* (Mt. 28,18-20; Mc. 16,15-18).

Este envío es *envío en el Espíritu:* Cristo envía a los suyos al mundo, al igual que el Padre le ha enviado a Él y por esto les da el Espíritu...

23. El «mandato misionero» tiene ante todo la dimensión universal de la tarea confiada a los apóstoles: *«A todas las gentes»* (Mt. 28,19); *«por todo el mundo... a toda criatura»* (Mc. 16,15), *«a todas las naciones»* (Hech. 1,8). En esta tarea el Señor le ha dicho que no estarán solos, sino que recibirán la fuerza del Espíritu y la asistencia de Jesús...

Los cuatro evangelios, en la unidad fundamental de la misma misión, testimonian un cierto pluralismo con ciertas diferencias de acentuación. Así, Marcos presenta la misión como proclamación o *kerigma*: «Proclaman la Buena Nueva» (Mc. 16,15), y su objetivo es guiar a sus lectores a repetir la confesión de Pedro: *«Tú eres el Cristo»* (8,29), y decir como el centurión romano: *«Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios»* (15,39).

En Mateo el ascenso misional está puesto en la fundación de la Iglesia y en su enseñanza (28,19-20; 16,18). En Lucas, se presenta como testimonio (24,48; Hech. 1,8). Juan es el único que habla explícitamente de «mandato», palabra que equivale a «misión»: *«Como el Padre me envió, también Yo os envío»* (20,21: 17,18)... Y todos los evangelistas subrayan que la misión de los discípulos es colaboración con la de Cristo: *«Sabed que Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo»* (Mt. 28,20).

El Espíritu guía la misión

24. La misión de la Iglesia, al igual que la de Jesús, es obra

de Dios o, como dice a menudo Lucas, obra del Espíritu. Después de la resurrección y ascensión de Jesús, los apóstoles viven una profunda experiencia que los transforma: Pentecostés. La venida del Espíritu los convierte en *testigos* o *profetas* (Hech. 1,8) y les da la capacidad de testimoniar a Jesús con «toda libertad» y los impulsa a extender su misión desde Jerusalén a toda Judea y Samaria, hasta los últimos confines de la tierra.

Los *Hechos* recogen seis síntesis de los «discursos misioneros» dirigidos a los judíos en los comienzos de la Iglesia (Hech. 2,22-39; 3,12,26; 4,9 ss.). Estos discursos-modelo, pronunciados Pedro y por Pablo, anuncian a Jesús e invitan a la conversión...

Pablo y Bernabé se sienten empujados por el Espíritu hacia los paganos (Hech. 13,46-48), lo cual no sucede sin tensiones y problemas... En el primer Concilio, celebrado en Jerusalén, se toma una decisión reconocida como proveniente del Espíritu: para hacerse cristiano no es necesario que un gentil de someta a la ley judía (Hech. 15,4-11.28)... Desde aquel momento la Iglesia abre las puertas a todos...

25. Los misioneros han procedido según esta línea teniendo muy presentes las expectativas y esperanzas, las angustias y sufrimientos, la cultura de la gente para anunciar la salvación en Cristo. Los discursos de Listra y Atenas (Hech. 14,11-17; 17-22 ss.), son considerados como modelo para la evangelización de los paganos... Bajo la acción del Espíritu, la fe cristiana se abre decisivamente a las «gentes»...

El Espíritu hace misionera a toda la Iglesia

26. El Espíritu mueve al grupo de los creyentes a «hacer comunidad», a ser Iglesia. Tras el primer anuncio de Pedro, el día de Pentecostés, y las conversiones que se dieron a continuación, se forma la primera comunidad (Hech. 2,42-47; 4,32-35).

En efecto, uno de los objetivos centrales de la misión es reunir al pueblo para la escucha del Evangelio, en la comunión fraterna, en la oración y en la eucaristía... De hecho, la verdadera comunidad cristiana se compromete también a distribuir

los bienes terrenos para que no haya indigentes y todos puedan tener acceso a los bienes, «según su necesidad»...

27. Los *Hechos* indican que la misión, dirigida primero a Israel y luego a las gentes, se desarrolla a muchos niveles. Ante todo, existe el grupo de los doce que, como un nuevo cuerpo guiado por Pedro, proclama la Buena Nueva. Está luego la comunidad de los creyentes, que, con su modo de vivir y actuar, da testimonio del Señor y convierte a los paganos (Hech. 2,46-47). Están también los enviados especiales, destinados a anunciar el Evangelio...

El Espíritu está presente y operante en todo tiempo y lugar

28. El Espíritu se manifiesta de modo particular en la Iglesia y en sus miembros; sin embargo su presencia y acción son universales, sin límite alguno ni de espacio ni de tiempo.

En todo caso, la Iglesia «sabe también que el hombre, atraído sin cesar por el Espíritu de Dios, nunca jamás será del todo indiferente ante el problema religioso» y «siempre deseará... saber, al menos confusamente, el sentido de su vida, de su acción y de su muerte» (GS. 41).

29. La relación de la Iglesia con las demás religiones está guiada por un doble respeto: «Respeto por el hombre en su búsqueda de respuesta a las preguntas más profundas de la vida, y respeto por la acción del Espíritu en el hombre». El encuentro interreligioso de Asís, excluida toda interpretación equívoca, ha querido dice el Papa, reafirmar mi convicción de que «toda auténtica plegaria está movida por el Espíritu Santo, que está presente misteriosamente en el corazón de cada persona».

Este Espíritu es el mismo que se ha hecho presente en la Encarnación, en la vida, muerte y resurrección de Jesús y que actúa en la Iglesia...

La acción universal del Espíritu no hay que separarla de la peculiar acción que despliega en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia... Es siempre el Espíritu quien actúa e impulsa a anunciar a Cristo...

La actividad misionera está aún en sus comienzos

30. Nuestra época, con la humanidad en movimiento y búsqueda, exige *un nuevo impulso en la actividad misionera de la Iglesia.* Los horizontes y las posibilidades de la misión se ensancha, y nosotros los cristianos estamos llamados a la valentía apostólica, basada en la confianza en el Espíritu. *¡Él es el protagonista de la misión!...*

Hoy se pide a todos los cristianos, a las Iglesias particulares y a la Iglesia universal, la misma valentía que movió a los misioneras del pasado y la misma disponibilidad para escuchar la voz del Espíritu.

Cap. 4.º: LOS INMENSOS HORIZONTES DE LA MISIÓN «AD GENTES»

31. El Señor Jesús envió a sus apóstoles a todas las personas y a todos los lugares de la tierra. Por medio de los apóstoles la Iglesia recibió una misión universal que no conoce confines y concierne a la salvación de todos... En la Iglesia hay actividades diversas. Ante todo, se da la actividad misionera que vamos a llamar *misión ad gentes* con referencia al decreto conciliar: se trata de una actividad primaria de la Iglesia, esencial y nunca concluida.

En efecto, la Iglesia «no puede sustraerse a la *perenne misión de llevar el Evangelio* a cuantos —y son millones de hombres y mujeres— no conocen todavía a Cristo,redentor del hombre.

Un marco religioso complejo y en movimiento

32. Hoy nos encontramos ante una situación religiosa bastante diversificada y cambiante; los pueblos están en movimiento..., basta pensar en algunos fenómenos, como el urbanismo, las migraciones masivas, el movimiento de prófugos, la des-

cristianización de países de antigua cristiandad, el pulular del mesianismo y sectas religiosas...

Por otra parte, la actividad misionera ha dado ya abundantes frutos en todas las partes del mundo, debido a lo cual hay ya Iglesias establecidas, que proveen adecuadamente a las necesidades y envían también personal para la evangelización a otras Iglesias y territorios.

Surge de aquí el contraste con áreas de antigua cristiandad, que es necesario reevangelizar... Existe hoy una cierta duda en usar los términos «misiones» y «misioneros», por considerarlos superados y cargados de resonancias históricas negativas. Se quiere emplear el sustantivo «misión» en singular y el adjetivo «misionero», para calificar toda actividad de la Iglesia.

Afirmar que toda la Iglesia es misionera no excluye que haya una específica misión *ad gente* al igual que decir que todos los católicos deben ser misioneros, no excluye que haya «misioneros *ad gentes* y de por vida» por vocación específica.

La misión «ad gentes» conserva su valor

33. Mirando al mundo actual, desde el punto de vista de la evangelización, se pueden distinguir *tres situaciones:*

1) Aquella a la cual se dirige la actividad misionera de la Iglesia: pueblos, grupos humanos, contextos socio-culturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos... Ésta es propiamente la misión **ad gentes**..., se refiere a la tarea de la primera evangelización.

2) Donde hay comunidades cristianas, bien formadas con gran fervor de fe y de vida, que irradian el testimonio del Evangelio y sienten el compromiso de la misión universal. En ellas se desarrolla la actividad o atención pastoral de al Iglesia.

3) Donde se da una situación intermedia y se dan grupos enteros de bautizados que han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia... En este caso es necesaria una «nueva evangelización» o «reevangelización».

34. La actividad misionera específica o misión «ad gentes»,

tiene como destinatarios» a los pueblos o grupos humanos que todavía no creen en Cristo o están alejados de Él, entre los cuales la Iglesia no ha arraigado. Esta actividad se dirige a grupos y ambientes no cristianos y hay que anunciarles a Cristo y a su Evangelio...

Mas es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio y fundación de nuevas Iglesias en los pueblos y grupos humanos donde no existen, porque ésta es la tarea primordial de la Iglesia, que ha sido enviada a todos los pueblos.

A todos los pueblos, no obstante las dificultades

35. La misión *ad gentes* tiene ante sí una tarea inmensa que de ningún modo está en vías de extinción... La tarea de anunciar a JesuCristo a todos los pueblos se presenta inmensa y desproporcionada respecto a las fuerzas humanas de la Iglesia.

Las *dificultades* parecen insuperables y podrían desanimar, si se tratara de una obra meramente humana. En algunos países está prohibida la entrada de misioneros; en otros la evangelización y la conversión, incluso el culto cristiano...

36. No faltan tampoco *dificultades internas* al pueblo de Dios, las cuales son ciertamente las más dolorosas: la falta de fervor, que se manifiesta en la fatiga y desilusión, en la acomodación al ambiente y en el desinterés y sobre todo la falta de alegría y esperanza...

No faltan graves obstáculos para la actividad misionera: la descristianización de países cristianos, la disminución de las vocaciones al apostolado, los antitestimonios de fieles que en su vida no siguen el ejemplo de Cristo..., la mentalidad indeferentista... y pretextos que se oponen a la evangelización...

Se recomienda a los teólogos y a los profesionales de la prensa cristiana que intensifiquen su propio servicio a la misión... y pensar que las dificultades internas y externas no deben hacernos pesimistas o inactivos. Lo que cuenta es la confianza que brota de la fe, de la certeza de que nosotros no somos los protagonistas de la misión, sino JesuCristo y su Espíritu. Nosotros únicamente somos colaboradores, y cuanto haya-

mos hecho lo que hayamos podido, debemos decir: *«Siervos inútiles somos; hemos hecho lo que debíamos hacer»* (Lc. 17,10).

Ámbitos de la misión «ad gentes»

37. La misión *ad gentes* en virtud del mandato universal de Cristo no conoce confines. Sin embargo, se pueden delinear varios ámbitos en los que se realiza:

a) *Ámbitos territoriales.* La Iglesia no puede aceptar que límites geográficos o dificultades de índole política sean obstáculo para su presencia misionera, si bien la actividad se ejerce en territorios y entre grupos humanos bien definidos.

El multiplicarse de las jóvenes Iglesias en tiempos recientes no debe crear ilusiones. En los territorios confiados a estas Iglesias, especialmente en Asia, pero también en África, América Latina y Oceanía, hay vastas zonas sin evangelizar, y se impone no sólo una nueva evangelización, sino también en algunos casos, una primera evangelización.

El criterio geográfico, aunque no muy preciso y siempre provisional, sigue siendo válido todavía para indicar las fronteras hacia las que debe dirigirse la actividad misionera.

b) *Mundos y fenómenos sociales nuevos.* Las rápidas y profundas transformaciones que caracterizan al mundo actual influyen grandemente en el campo misionero... Hoy la imagen de la misión *ad gentes* quizás está cambiando: lugares privilegiados deberían ser las grandes ciudades, donde surgen nuevas costumbres y modelos de vida, nuevas formas de cultura, que luego influyen sobre la población... El futuro de las naciones se está formando en las ciudades.

Entre los grandes cambios del mundo contemporáneo, las migraciones han producido un fenómeno nuevo; los no cristianos llegan en gran número a los países de antigua cristiandad... Entre los emigrantes, los refugiados ocupan un lugar destacado y merecen la máxima atención. Éstos ya son muchos millones en el mundo y no cesan de aumentar. El origen de las migraciones en masa son las situaciones de pobreza...

¿Cómo hacer llegar el mensaje de Cristo a tantos no cristianos?... No bastan los medios ordinarios de la pastoral, hacen falta asociaciones, grupos y centros apropiados, iniciativas culturales y sociales para los jóvenes...

c) *Áreas culturales o areópagos modernos.* El aerópago de Atenas era en tiempo de San Pablo centro de la cultura... El primer areópago del tiempo moderno es el *mundo de la comunicación*... Los medios de comunicación social son para muchos el principal instrumento informativo y formativo y son de gran importancia para el anuncio evangélico...

38. Nuestro tiempo es dramático y al mismo tiempo fascinador. Mientras por un lado los hombres dan la impresión de ir detrás de la prosperidad material..., por otro manifiestan la angustiosa búsqueda del sentido, la necesidad de interioridad..., de vida de oración... La vía cristiana para el encuentro con Dios, para la oración, la accesis, el descubrimiento del sentido de la vida es el conocimiento del Evangelio, o sea, de Cristo, que es *«el camino, la verdad y la vida»* (Jn. 14,16).

Fidelidad a Cristo y programación de la libertad del hombre

39. Todas las formas de la actividad misionera están marcadas por la conciencia de promover la libertad del hombre, anunciándole a JesuCristo. Es necesario que la Iglesia, fiel a Cristo y continuadora de su misión, camine por el mismo sendero que Cristo, o sea, por el sendero de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación propia hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección.

Es de desear que la auténtica libertad religiosa sea concedida a todos los pueblos en todo lugar con la que la ya Iglesia despliega su labor en los diferentes países, especialmente en los de mayoría católica...

La misión no coarta la libertad, sino más bien la favorece. *La Iglesia propone, no impone nada:* respeta las personas y las culturas, y a los que se lo oponen con pretextos a su actividad, ella va respondiendo: *¡Abrid las puertas a Cristo!*... ¡Abrid la puerta a los misioneros!...

Dirigir la atención hacia el sur y hacia el oriente

40. Mientras se aproxima el final del segundo milenio de la redención, es cada vez más evidente que las gentes que todavía no han recibido el primer anuncio de Cristo son la mayoría de la humanidad. El balance de la actividad misionera en los tiempos modernos es siempre positivo: la Iglesia ha sido fundada en todos los continentes...

Sin embargo, se da el caso de que «los confines de la tierra» a los que debe llegar el Evangelio, se alejan cada vez más, y la sentencia de Tertuliano según la cual «el Evangelio ha sido anunciado en toda la tierra y a todos los pueblos», está muy lejos de su realización concreta: la misión *ad gentes* está todavía en los comienzos, y los nuevos pueblos que comparecen en la escena mundial tienen el derecho de recibir el anuncio de la salvación.

El crecimiento demográfico del sur y de oriente, en países no cristianos, hace aumentar continuamente el número de personas que ignoran la redención de Cristo.

Cap. 5.º: LOS CAMINOS DE LA MISIÓN

La primera forma de Evangelización es el testimonio

42. El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y en los hechos que en ls teorías. El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de la misión: Cristo, de cuya misión somos continuadores, es el «testigo» por excelencia y el modelo del testimonio cristiano.

El misionero que, aun con todos los límites y defectos humanos, vive con sencillez y según el modelo de Cristo, es un signo de Dios y de las realidades trascendentales. La vida misma del misionero es una predicación muda, pero elocuente.

El testimonio evangélico al que el mundo es más sensible es el de la atención a las personas y el de la caridad para con los pobres y los pequeños, con los que sufren. Esta manera de

vivir que contrasta con el egoísmo, hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y hacia el Evangelio.

43. El cristianismo y las comunidades cristianas viven profundamente insertados en la vida de sus pueblos respectivos y son signo del Evangelio... La Iglesia está llamada a dar su testimonio de Cristo, asumiendo posiciones valientes y proféticas ante la corrupción del poder político o económico, no buscando la gloria o bienes materiales; usando sus bienes para el servicio de los más pobres e imitando la sencillez de vida de Cristo.

El primer anuncio de Cristo Salvador

44. El anuncio tiene la prioridad permanente en la misión: la Iglesia no puede sustraerse al mandato explícito de Cristo; ni puede privar a los hombres de la «Buena Nueva» de que son amados y salvados por Dios. «La evangelización también debe contener siempre como —como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo— una clara proclamación de que en JesuCristo se ofrece la salvación a todos los hombres...».

La fe nace del anuncio... y el anuncio tiene por objeto a Cristo crucificado, muerto y resucitado: en Él se realiza la plena y auténtica liberación del mal, del pecado y de la muerte; por Él Dios da la «nueva vida», divina y eterna. Ésta es la «Buena Nueva» que cambia al hombre y la historia de la humanidad, y que todos los pueblos tienen derecho a conocer.

45. El misionero está presente y actúa en virtud de un mandato recibido y, aunque se encuentra solo, está unido por vínculos invisibles, pero profundos, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia. Los oyentes, pronto o más tarde, vislumbran a través de él la comunidad que lo ha enviado y lo sostiene...

El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a la esperanza que lleva al conocimiento de Dios y a la liberación del pecado, de modo que el misionero no se desalienta ni desiste de su testimonio, incluso cuando es llamado a manifestar su fe en un ambiente hostil o indiferente.

Conversión y bautismo

46. El anuncio de la palabra de Dios tiende a la *conversión cristiana,* es decir, a la adhesión plena y sincera y a su conversión mediante la fe. La conversión es un don de Dios. La conversión se expresa desde el principio con una fe total y radical, que no pone límites ni obstáculos al don de Dios.

La Iglesia llama a todos a esta conversión, siguiendo el ejemplo de Juan Bautista que preparaba los caminos hacia Cristo, *«proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados»* (Mc. 1,4), eran los caminos de Cristo mismo: *«El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca: convertíos y creed en la Buena Nueva»* (Mc. 1,14-15).

47. Los apóstoles movidos por el Espíritu Santo, invitaban a todos a cambiar de vida, a convertirse y a recibir el bautismo. Cuando Pedro les habla a los judíos de manera persuasiva, éstos le dicen: *«¿Qué hemos de hacer, hermanos?».* Pedro les contestó: *«Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar para remisión de los pecados, y recibiréis el Espíritu Santo»* (Hech. 3,19).

Formación de Iglesias locales

48. La conversión y el bautismo introducen en la Iglesia, donde ya existe, o requieren la constitución de nuevas comunidades que confiesen a Jesús Salvador y Señor.

La misión *ad gentes* tiene este objetivo: fundar comunidades cristianas, hacer crecer las Iglesias hasta su completa madurez.

49. Es necesario, ante todo, tratar de establecer en cada lugar comunidades cristianas que sean un «exponente de la presencia de Dios en el mundo» y crezcan hasta llegar a ser Iglesias.

La responsabilidad de este cometido recae sobre la Iglesia universal y sobre las Iglesias particulares, sobre el pueblo de Dios entero y sobre todas las fuerzas misioneras. Cada Iglesia, incluso la formada por neoconvertidos, es misionera por naturaleza, es evangelizada y evangelizadora, y la fe siempre debe

ser presentada como un don de Dios, para vivirlo en la comunidad e irradiarlo...

Las fuerzas misioneras provenientes de otras Iglesias y países deben actuar en comunión con las Iglesias locales para el desarrollo de la comunidad cristiana...

50. Cristo, el buen Pastor, se preocupa de «otras ovejas que no son de este redil» (Jn. 10,15) y por lo mismo la preocupación pastoral debe ir siempre unida, pues, por una parte se debe reconocer que «la división de los cristianos perjudica a la causa santísima de la predicación del Evangelio a toda criatura y cierra a muchos las puertas de la fe».

El hecho de que la Buena Nueva de la reconciliación sea predicada por los cristianos divididos entre sí su testimonio, y por eso es urgente trabajar por la unidad de los cristianos...

Por tora parte, es verdad que todos los que han recibido el bautismo en Cristo están en una cierta comunión entre sí, aunque imperfecta... Por eso se ha de procurar la acción ecuménica, y los católicos deben colaborar fraternalmente con los hermanos separados según las normas del decreto sobre el ecumenismo... y es urgente colaborar y dar testimonio unidos, en este tiempo en que sectas cristianas y paracristianas siembran confusión con su acción.

Las «comunidades eclesiales de base» fuerza evangelizadora

51. Las «comunidades eclesiales de base», que han contribuido a la rápida expansión en las jóvenes Iglesias, son grupos de cristianos a nivel familiar o de ámbito restringido, los cuales se reúnen para la oración, la lectura de la Biblia, la catequesis ...y han venido a ser un signo de vitalidad de la Iglesia, instrumento de formación y de evangelización... y también fermento de vida cristiana...

Toda comunidad para ser cristiana debe formarse y vivir en Cristo, en la escucha de la palabra de Dios, en la oración centrada en la eucaristía, y debe vivir unida a la Iglesia particular y universal, en sincera comunión con los pastores y el magisterio, comprometido en la irradiación misionera.

Encarnar el Evangelio en las culturas de los pueblos

52. Al desarrollar su actividad misionera entre las gentes, la Iglesia encuentra diversas culturas y se ve comprometida en el proceso de inculturación... El proceso de inserción de la Iglesia en las culturas de los pueblos requiere largo tiempo..., es un proceso profundo y global que abarca tanto el mensaje cristiano como la reflexión y la praxis de la Iglesia.

Por medio de la inculturación la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad... La inculturación es un camino lento que acompaña toda la vida misionera y requiere la aportación de los diversos colaboradores de la misión *ad gentes*, la de las comunidades cristianas a medida que se desarrollan y la de los pastores.

53. Los misioneros, provenientes de otras Iglesias y países, deben insertarse en el mundo socio-cultural de aquéllos a quienes son enviados, superando los condicionamientos del propio ambiente de origen. Así deben aprender la lengua de la región donde trabajan, conocer las expresiones más significativas de aquella cultura, descubriendo sus valores por experiencia directa. Solamente con estos conocimientos los misioneros podrán llevar a los pueblos de manera creíble y fructífera el conocimiento del misterio escondido (Rom. 16,25-27; Ef. 3,5).

54. La inculturación, en su recto proceso debe estar dirigida por dos principios: «la compatibilidad con el Evangelio de las varias culturas a asumir y la comunión con la Iglesia universal». Los obispos guardianes del «depósito de la fe», se cuidarán de la fidelidad y, sobre todo, del discernimiento...

El diálogo con los hermanos de otras religiones

55. El diálogo interreligioso forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Entendido como método y medio para un conocimiento y enriquecimiento recíproco, no está en contraposición con la *misión ad gentes*; es más, tiene vínculos especiales con ella y es una de sus expresiones.

El Papa dice: «Recientemente he escrito a los obispos de Asia: Aunque la Iglesia reconoce con gusto cuanto hay de verdadero y de santo en las tradiciones religosas del budismo, del induismo y del islam —reflejo de aquella verdad que ilumina a todos los hombres—, sigue en pie su deber y su determinación de proclamar sin titubeos a JesuCristo, que es *«el camino, la verdad y la vida»*...

El diálogo debe ser conducido y llevado a término con la convicción de que *la Iglesia es el camino ordinario de salvación* y que *sólo ella* posee la plenitud de los medios de salvación.

56. El diálogo no nace de una táctica de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias; es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu, que «sopla donde quiere» (Jn. 3,8).

57. Todos los fieles y las comunidades cristianas están llamadas a practicar el diálogo, aunque no al mismo nivel y de la misma forma. Para ello es indispensable la aportación de los laicos, que «con el ejemplo de su vida y con la propia acción pueden favorecer la mejora de las relaciones entre los seguidores de las diversas religiones...

Promover el desarrollo educando las conciencias

58. La misión *ad gentes* de despliegue aún hoy día, mayormente, en aquellas regiones del sur del mundo donde es más urgente la acción para el desarrollo integral y la liberación de toda opresión...

«El mejor servicio al hermano es la evangelización, que lo prepara a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve íntegramente». La misión de la Iglesia no es actuar directamente en el plano económico..., sino que consiste esencialmente en ofrecer a los pueblos no un «tener más», sino un «ser más», despertando las conciencias con el Evangelio.

La Iglesia y los misioneros son también promotores de desarrollo con sus escuelas, hospitales, tipografías, universidades,

granjas agrícolas experimentales. Pero el desarrollo de un pueblo no deriva primariamente ni del dinero ni de ayudas materiales..., sino más bien de la formación de las conciencias y de las costumbres...

59. Con el mensaje evangélico la Iglesia ofrece una fuerza liberadora promotora de desarrollo precisamente porque lleva a la conversión del corazón y de la mentalidad; ayuda a reconocer la dignidad de cada persona y dispone al servicio de los hermanos, inserta en el hombre en el proyecto de Dios, que es la construcción del Reino de paz y justicia...

«Contra el hambre cambia la vida» es el lema surgido en ambientes eclesiales, que indica a los pueblos ricos el camino para convertirse en hermanos de los pobres; es necesario volver a una vida más austera... La *actividad misionera* lleva a los pobres luz y aliento para un verdadero desarrollo...

La caridad, fuente y criterio de la misión

60. «La Iglesia en todo el mundo quiere ser la Iglesia de los pobres..., quiere extraer toda la verdad contenida en las bienaventuranzas de Cristo y sobre todo en esta primera: *«Bienaventurados los pobres en el espíritu...»*. Quiere enseñar esta verdad y quiere ponerla en práctica, igual que Jesús vino a «hacer y enseñar». Las jóvenes Iglesias, que en su mayoría viven entre pueblos afligidos por una pobreza muy difundida, expresan a menudo esta preocupación como parte integrante de su misión.

Por esto, dice el Papa, exhorto a todos los discípulos de Cristo y a las comunidades cristianas, desde las familias a las diócesis, desde las parroquias a los institutos religiosos, a hacer una sincera revisión de la propia vida en el sentido de la solidaridad con los pobres.

Cap. 6.º: RESPONSABLES Y AGENTES DE LA PASTORAL MISIONERA

61. No se da testimonio sin testigos, como no existe misión sin misioneros. Para que colaboren en su misión y continúen su obra salvífica, Jesús escoge y envía a unas personas como testigos suyos y apóstoles: *«Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra»* (Hech. 1,8).

En la expansión misionera de los orígenes, junto a los apóstoles encontramos a otros agentes menos conocidos, que no deben olvidarse: son personas, grupos, comunidades. Un típico ejemplo de Iglesia local es la comunidad de Antioquía, que de evangelizada pasa a ser evangelizadora y envía a los gentiles (Hech. 13,2-3).

62. Lo que se hizo al principio del cristianismo para la misión universal, también sigue siendo válido y urgente hoy. *La Iglesia es misionera por su propia naturaleza*, ya que el mandato de Cristo no es algo contingente y externo, sino que alcanza al corazón mismo de la Iglesia. Por esto, toda la Iglesia y cada Iglesia es enviada a las gentes.

«En un mundo que, con la desaparición de las distancias, se hace cada vez más pequeño, las comunidades eclesiales deben relacionarse entre sí, intercambiarse energías y medios, comprometerse aunadamente en la única y comúm misión de anunciar y de vivir el Evangelio...

Los primeros responsables de la actividad misionera

63. Así como el Señor resucitado confirió al colegio apostólico encabezado por Pedro el mandato de la misión universal, así esta responsabilidad incumbe al colegio episcopal encabezado por el sucesor de Pedro.

«Me he puesto, dice el Papa, en marcha por los caminos del mundo para anunciar el Evangelio, para confirmar a mis hermanos en la fe, para consolar a la Iglesia, para encontrar al hombre. Son viajes de fe... Son otras tantas ocasiones de catequesis itinerante, de anuncio evangélico para la prolongación,

en todas las latitudes, del Evangelio y del magisterio apostólico...».

Mis hermanos obispos son directamente responsables conmigo de la evangelización del mundo...

64. Toda Iglesia particular debe abrirse generosamente a las necesidades de las demás... A este respecto es ejemplar la declaración de los obispos en Puebla: «Finalmente, ha llegado para América Latina la hora... de proyectarse más allá de sus fronteras, *ad gentes*-. Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero debemos dar desde nuestra pobreza».

Misioneros e institutos «ad gentes»

65. El Papa, citando palabras del concilio, dice: «Aunque a todo discípulo de Cristo incumbe la tarea de propagar la fe según su condición, Cristo Señor, de entre los discípulos, llama siempre a los que quiere, para que lo acompañen y para enviarlos a predicar a las gentes. Por lo cual, por medio del Espíritu Santo, que distribuye los carismas según quiere para común utilidad, inspira la vocación misionera en el corazón de cada uno y suscita al mismo tiempo en la Iglesia institutos que asuman como misión propia el deber de la evangelización, que pertenece a toda la Iglesia» (AG. 23-27).

Los misioneros deben meditar siempre sobre la correspondencia que requiere el don recibido por ellos y ponerse al día en lo relativo a su formación doctrinal y apostólica.

66. De hecho, «todos los institutos religiosos han nacido por la Iglesia y para ella; obligación de los mismos es enriquecerla con sus propias características en conformidad con su espíritu peculiar y su misión específica.

Los misioneros y misioneras, que han consagrado toda la vida para dar testimonio del resucitado entre las gentes, no se dejen atemorizar por dudas, incomprensiones, rechazos, persecuciones. Aviven la gracia de su carisma específico y emprendan de nuevo con valentía su camino prefiriendo los lugares más humildes y difíciles.

Sacerdotes diocesanos para la misión universal

67. Colaboradores del obispo, los presbíteros, en virtud del sacramento del orden, están llamados a compartir la solicitud por la misión: «El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino *a la misión universal y amplísima de salvación «hasta los confines de la tierra»*, pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los apóstoles» (PO. 10).

Por esto la misma formación de los candidatos al sacerdocio debe tender a darles *«un espíritu genuinamente católico* que los habitúe a mirar más allá de los límites de la propia diócesis, nación, rito y lanzarse en ayuda de las necesidades de toda la Iglesia con ánimo dispuesto para predicar el Evangelio en todas partes» (OT. 20).

68. En la encíclica *Fidel domum*, Pío XII, con intuición profética, alentó a los obispos a ofrecer algunos de sus sacerdotes para un servicio temporal a las Iglesias de África, aprobando ya las iniciativas existentes al respecto. A veinticinco años de distancia, dice Juan Pablo II, quise subrayar la gran novedad de aquel documento, que ha hecho superar «la dimensión territorial del servicio sacerdotal para ponerlo a disposición de toda la Iglesia».

Los sacerdotes que se deben enviar deben ser escogidos entre los mejores, idóneos y debidamente preparados para el trabajo peculiar que les espera».

Fecundidad misionera de la consagración

69. En la inagotable y multiforme riqueza del Espíritu se sitúan las vocaciones a los *institutos de vida consagrada*, cuyos miembros, «dado que por su misma consagración se dedican al servicio de la Iglesia..., están obligados a contribuir de modo especial a la tarea misional, según el modo propio de su instituto.

a) Siguiendo el concilio, dice el Papa, invito a los *institutos*

de vida contemplativa a establecer comunidades en las jóvenes Iglesias, para dar «preclaro testimonio entre los no cristianos de la majestad y de la caridad de Dios, así como la unión en Cristo». Esta presencia es beneficiosa en el mundo no cristiano...

b) *A los institutos de vida activa* indico los inmensos espacios para la caridad, el anuncio evangélico, la educación cristiana y la solidaridad con los pobres, los discriminados, los marginados y oprimidos...

70. Quiero dirigir, continúa diciendo el Papa, unas palabras de gratitud a las religiosas misioneras, en quienes la virginidad por el Reino se traduce en múltiples frutos de maternidad según el espíritu. Precisamente la misión *ad gentes* les ofrece un campo vastísimo para «entregarse por amor de un modo total e indiviso»... y es de desear que muchas jóvenes mujeres cristianas en su consagración la fuerza y la alegría para dar testimonio de Él entre los pueblos que aún no le conocen.

Todos los laicos son misioneros en virtud del bautismo

71. Los Pontífices de la época más reciente han insistido mucho sobre la importancia del papel de los laicos en la actividad misionera. También yo, añade el Papa, en la exhortación apostólica *Christi fideles laici*, me he ocupado de la «perenne misión de llevar el Evangelio —y son millones y millones de hombres y mujeres— a cuantos no conocen todavía a Cristo redentor del hombre, y de la correspondiente responsabilidad de los fieles laicos...

El Concilio Vaticano II ha confirmado esta tradición, poniendo de relieve el carácter misionero de todo el pueblo de Dios, concretamente el apostolado de los laicos (LG. 17.33 ss.).

72. Los sectores de presencia y de ación misionera de los laicos son muy amplios... Dentro de la Iglesia se presentan diversos tipos de servicios, funciones, ministerios y formas de animación de la vida cristiana... En la actividad misionera hay que revalorar las varias agrupaciones del laicado, respetando su índole y finalidades: asociaciones del laicado misionero, organismos cristianos y hermandades de diverso tipo; que todos

se entreguen a la misión *ad gentes* y la colaboración con la Iglesia locales.

La obra de los catequistas y la variedad de los ministerios

73. Entre los laicos que se hacen evangelizadores se encuentran en primera línea los catequistas, los «cuales llenos de espíritu apostólico, prestan con grandes servicios una ayuda singular y enteramente necesaria para la expansión de la fe y de la Iglesia» (AG. 17).... El Concilio habla del deber de tener una preparación doctrinal y pedagógica... y de la necesidad de procurar a los catequistas una condición de vida decorosa y de seguridad social...

74. Además de los catequistas, hay que recordar las demás formas de servicio a la vida de la Iglesia y a la misión, así como otros agentes: animadores de la oración, del canto y de la liturgia, responsables de comunidades eclesiales de base y de grupos bíblicos; encargados de las obras caritativas, administradores de los bienes de la Iglesia, dirigentes de lo diversos grupos, etc.

Congregación para la evangelización de los pueblos y otras estructuras para la actividad misionera

75. Los responsables y los agentes de pastoral misionera deben sentirse unidos en la comunión que caracteriza el cuerpo místico. Por ello Cristo pidió en la última cena: *«Como Tú, Padre en Mí y Yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado»* (Jn. 17,21). En esta comunión está el funcionamiento de la fecundidad de la misión.

Pero la Iglesia es también una comunidad visible y orgánica, y por esto la misión requiere igualmente una unión externa y ordenada entre las diversas responsabilidades y funciones, de manera que todos los miembros «dediquen sus esfuerzos con unanimidad a la edificación de la Iglesia (AG. 28).

76. Para la orientación y coordinación de la actividad mi-

sionera a nivel nacional y regional, son de gran importancia las conferencias episcopales y sus diversas agrupaciones. A ellas les pide el Concilio que «traten de común acuerdo, los asuntos más graves y los problemas más urgentes, pero sin descuidar las diferencias locales», así como el problema de inculturación.

Se ha de procurar que los mismos organismos e instituciones que se ocupan de la actividad misionera, aúnen oportunamente esfuerzos e iniciativas.

Cap. 7.º: LA COOPERACIÓN EN LA ACTIVIDAD MISIONERA

77. Miembros de la Iglesia, en virtud del bautismo, todos los cristianos son corresponsables de la actividad misionera. La participación de las comunidades y de cada fiel en este derecho-deber se llama «cooperación misionera».

Tal cooperación se fundamenta y se vive, ante todo, mediante la unión personal con Cristo: sólo si se está unido a Él, como el sarmiento a la viña (Jn. 15,5), se pueden producir buenos frutos.

Oración y sacrificios por los misioneros

78. Entre las formas de participación, el primer lugar corresponde a la cooperación espiritual: oración, sacrificios, testimonio de vida cristiana. La oración debe acompañar el camino de los misioneros, para que el anuncio de la Palabra resulte eficaz por medio de la gracia divina.

A la oración es necesario unir el sacrificio. Los enfermos uniendo sus dolores a los de Cristo los convierten en méritos redentores...

«Heme aquí, Señor, estoy dispuesto, envíame» (Is. 6,8)

79. La cooperación se manifiesta además en el promover

las vocaciones misioneras... La promoción de estas vocaciones es el corazón de cooperación: el anuncio del Evangelio requiere anunciadores, la mies necesita obreros, la misión se hace, sobre todo, con hombres y mujeres consagrados de por vida a la obra del Evangelio, dispuestos a ir por todo el mundo para llevar al salvación.

80. Pensando en este grave problema, dirijo, dice el Papa, mi llamada con particular confianza y afecto a ls familias y a los jóvenes. Las familias, y sobre todo los padres, han de ser conscientes de que deben dar «una contribución particular a la causa misionera de la Iglesia cultivando las vocaciones misioneras entre sus hijos e hijas».

Cuando los padres estén dispuestos a consentir que uno de sus hijos marche para la misión, cuando han pedido al Señor esta gracia, Él los recompensará, con gozo, el día en que un hijo suyo o hija escuche su llamada.

A los mismos jóvenes ruego que escuchen la palabra de Cristo que les dice al igual que a Simón Pedro y Andrés en la orilla del lago: *«Venid conmigo y os haré pescadores de hombres»* (Mt. 4,19). Que los jóvenes tengan la valentía de responder, igual que Isaías: *«Heme aquí, Señor, estoy dispuesto, envíame»* (6,8).

Mayor felicidad hay en dar que en recibir (Hech. 20,35)

81. Son muchas las necesidades materiales y económicas de las misiones; no sólo para fundar la Iglesia con estructuras mínimas (capillas, escuelas para catequistas y seminaristas, viviendas), sino también para sostener las obras de caridad, de educación y promoción humana, campo intenso de acción, especialmente en los países pobres.

Respecto a las ayudas materiales es importante comprobar el espíritu con que se da... Todo lo que hemos reibido de Dios —tanto la vida como los bienes materiales— no es nuestro, sino que nos ha sido dado para usarlo. La generosidad en el dar debe estar siempre iluminada e inspirada por la fe: entonces sí que *hay más alegría en dar que en recibir.*

Nuevas normas de cooperación misionera

82. La cooperación se abre hoy a *nuevas formas*, influyendo no sólo la ayuda económica, sino también la participación directa...; mas a los cristianos se les exige sobre todo la conciencia de deber ser siempre testigos de la fe y de la caridad de Cristo. También el conocimiento directo de la vida misionera y de las comunidades cristianas puede enriquecer y dar vigor a la fe. Son encomiables las visitas a las misiones, sobre todo por parte de los jóvenes, que van para prestar un servicio y tener una experienia fuerte de la vida cristiana.

Las exigencias del trabajo llevan hoy a numerosos cristianos de jóvenes comunidades a regiones donde el cristianismo es desconocido y, a veces, proscrito o perseguido... Estas circunstancias son ciertamente una ocasión para vivir y testimoniar la fe...

Animación y formación del pueblo de Dios

83. La formación misionera del pueblo de Dios es obra de la Iglesia local con la ayuda de los misioneros y de sus institutos, así como de los miembros de las Iglesias jóvenes...

Las Iglesias locales han de incluir la animación misionera como elemento primordial de su pastoral ordinaria en las parroquias, asociaciones y grupos, especialmente los juveniles.

Para conseguir este fin es valiosa ante todo la información mediante la prensa misionera y los diversos medios audiovisualkes. Su papel es de gran importancia en cuanto ayudan a conocer la vida de la Iglesia universal, las voces y la experiencia de los misioneros y de las Iglesias locales donde ellos trabajan.

Para esta formación están llamados los sacerdotes y sus colaboradores, los teólodos particularmente los que enseñan en los seminarios y en los centros para laicos.

Responsabilidad primaria de las Obras Misionales Pontificias

84. En esta obra de animación el cometido primario corresponde a las *Obras Misionales Pontificas* que tienen en común el objetivo de promover el espíritu misionero universal en el pueblo de Dios.

La Unión Misional tiene como fin inmediato y específico la sensibilización y formación misionera de los sacerdotes, religiosos y religiosas que, a su vez, debe cultivarla en las comunidades cristianas; además trata de promover otras obras, de las que ella es el alma.

No sólo dar a la misión, sino también recibir

85. El Papa exhorta a todas las Iglesias, a los pastores, sacerdotes, religiosos y fieles a *abrirse ala universalidad de la Iglesia,* evitando cualquier forma de particularismo..., deben mantener el sentido universal de la fe, es decir, dando y recibiendo de las otras Iglesias dones espirituales, experiencias pastorales del primer anuncio y de evangelización, personal apostólico y medios materiales.

En efecto, la tendencia a cerrarse puede ser fuerte: las Iglesias antiguas comprometidas en la nueva evangelización, piensan que la misión han de realizarla en su propia casa, y corren el riesgo de frenar el impulso hacia el mundo no cristiano, concediendo no de buena gana las vocaciones a los institutos misioneros, a las congregaciones religiosas y a las demás Iglesias. Sin embargo, es dando generosamente de lo nuestro como recibiremos, y ya hoy las Iglesias jóvenes —no pocas de las cuales experimentan un prodigioso florecimiento de vocaciones— son capaces de enviar sacerdotes, religiosos y religiosas a las antiguas.

Dios prepara una nueva primavera del Evangelio

86. En la proximidad del tecer milenio de la redención, Dios

está preparando una gran primavera cristiana, de la que ya se vislumbra su comienzo. En efecto, tanto en el mundo no cristiano como en el de antigua tradición cristiana existe un progresivo acercamiento de los pueblos a los ideales y a los valores evangélicos, que la Iglesia se esfuerza en favorecer, como son el rechazo de la violencia y de la guerra, el respeto de la persona humana y de sus derechos...

La esperanza cristiana nos sostiene en nuestro compromiso a fondo para la nueva evangelización y para la misión universal, y nos lleva a pedir como Jesús nos ha enseñado: *«Venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»* (Mt. 6,10).

No podemos permanecer tranquilos si pensamos en los millones de hermanos y hermanas nuestros, redimidos también por la sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios. Para el creyente, en singular, lo mismo que para toda la Iglesia, la causa misionera debe ser la primera, porque concierne al destino eterno de los hombres y responde al designio misterioso y misericordioso de Dios.

Cap. 8.º: ESPIRITUALIDAD MISIONERA

87. La actividad misionera exige una espiritualidad específica, que se expresa, ante todo, viviendo con plena docilidad el Espíritu; ella compromete a dejarse plasmar interiormente por él, para hacerse cada vez más semejantes a Cristo. No se puede dar testimonio de Cristo sin reflejar su imagen, la cual se hace viva en nosotros por la gracia y por la obra del Espíritu.

El Espíritu los transformará en testigos valientes de Cristo y preclaros anunciadores de su palabra; será el Espíritu quien los conducirá por los caminos arduos y nuevos de la misión, siguiendo sus deisiones.

También la misión sigue siendo difícil y compleja como en el pasado porque no faltarán fuerzas incrédulas y hostiles, y por eso exige la valentía y la fuerza del Espíritu... y por lo mismo conviene orar para que Dios nos conceda la libertad de proclamar el Evangelio.

Vivir el misterio de Cristo «enviado»

88. Nota esencial de la espiritualidad misionera es la comunión íntima con Cristo: no se puede comprender y vivir la misión si no es con referencia a Cristo, en cuanto enviado a evangelizar.

Al misionero se le pide «renunciarse a sí mismo y a todo lo que tuvo hasta entonces y a hacerse todo para todos (AG. 24), en la pobreza que lo deja libre para el Evangelio; en el desapego de las personas y bienes del propio ambiente, para hacerse así hermano de aquéllos a quienes es enviado y llevarles a Cristo salvador...

Amar a la Iglesia y a los hombres como Jesús los ha amado

89. La espiritualidad misionera se caracteriza, además, por la caridad apostólica; la de Cristo que vino *«para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos»* (Jn. 11,52). Quien tiene espíritu misionero siente el ardor de Cristo por las almas y ama a la Iglesia, como Cristo.

El misionero se mueve a impulsos del «celo por las almas». Él es el nombre de la caridad: para poder anunciar a todo hombre que es amado por Dios y que él mismo puede amar, debe dar testimonio de caridad para con todos, gastando la vida por el prójimo.

El misionero es el «hermano universal»; lleva consigo el espíritu de la Iglesia, su apertura y atención a todos los pueblos y a todos los hombres particularmente a los más pequeños y pobres.

El verdadero misionero es el santo

90. La llamada a la misión deriva de por sí de la llamada a la santidad. Cada misionero lo es auténticamente si se esfuerza en el camino de la santidad: «La santidad es un presupuesto fundamental y una condición insustituible para realizar la mi-

sión salvífica de la Iglesia» (PO. 14).

La vocación universal a la santidad está estrechamente unida a la *vocación universal a la misión*. Todo fiel está llamado a la santidad y a la misión...

91. El Papa termina diciendo: Me dirijo, por tanto, a los bautizados de las comunidades jóvenes y de las Iglesias jóvenes. Hoy sois vosotros la esperanza de nuestra Iglesia, que tiene dos mil años; siendo jóvenes en la fe, debéis ser los primeros cristianos e irradiar entusiasmo y valentía, con generosa entrega a Dios y al prójimo; en una palabra, debéis tomar el camino de la santidad. Sólo de esta manera podréis ser dignos de Dios en el mundo y revivir en vuestros países la epopeya misionera de la Iglesia primitiva. Y seréis también fermento de espíritu misionero para las Iglesias más antiguas.

Conclusión

92. Nunca como hoy la Iglesia ha tenido la oportunidad de hacer llegar el Evangelio, con el testimonio y la palabra, a todos los hombres y a todos los pueblos. Veo amanecer una nueva época misionera, que llegará a ser un día radiante y rica en frutos si todos los cristianos, y en particular los misioneros y las jóvenes Iglesias, responden con generosidad y santidad a las solicitaciones y desafíos de nuestro tiempo.

Como los apóstoles después de la Ascensión de Cristo, la Iglesia debe reunirse en el cenáculo con «María, la Madre de Jesús» (Hech. 1,14) para implorar el Espíritu y obtener la fuerza y valor para cumplir el mandato misionero. También nosotros, mucho más que los apóstoles, tenemos necesidad de ser transformados y guiados por el Espíritu.

Novena Carta encíclica

CENTESIMUS ANNUS

La problemática social hoy

El Papa Juan Pablo II en el centenario —Centesimus annus— de la encíclica social «Rerum Novarum» o «Las Cosas nuevas», del Papa León XIII, ha querido homenajear y hacer una relectura de aquella, con la promulgación de otra encíclica en la que hace nuevas aportaciones a la doctrina social de la Iglesia según la realidad que ahora vivimos.
El Papa parte del destino universal de los bienes, como don de Dios, que deben estar al servicio y beneficio de todos, sin marginar a nadie, en un mundo interactivo y solidario.

INTRODUCCIÓN

1-3. El centenario de la promulgación de la «Rerum Novarum», marca, dice el Papa, una fecha de relevante importancia en la historia reciente de la Iglesia y también en mi pontificado.

A la validez de la enseñanza social de la Iglesia, continua diciendo, se refieren ya dos encíclicas que he publicado en los años de mi pontificado: la *Laborem exercens,* sobre el trabajo humano, y la *Sollicitudo rei socialis* sobre los problemas actuales del desarrollo de los hombres y de los pueblos.

Quiero proponer ahora una «relectura» de la encíclica de León XIII, invitando a «echar una mirada retrospectiva» a su propio texto, para descubrir nuevamente la riqueza de los principios fundamentales formulados en ella en orden a la solución de la cuestión obrera.

La presente encíclica trata de poner en evidencia la fecundidad de los principios expresados por León XIII, los cuales pertenecen al patrimonio doctrinal de la Iglesia y, por ello, implican la autoridad del magisterio.

Cap. 1º. RASGOS CARACTERÍSTICOS DE LA «RERUM NOVARUM»

4. A finales del siglo pasado la Iglesia se encontró ante un proceso histórico, cuyo factor determinante lo constituyó un conjunto de cambios radicales ocurridos en el campo político, económico y social, e incluso en el ámbito científico y técnico, aparte el múltiple influjo de las ideologías dominantes.

Resultado de todos estos cambios había sido, en el campo político, una *nueva concepción de la sociedad, del Estado* y, como consecuencia, de la *autoridad.* En el campo económico, donde confluían los descubrimientos científicos y sus aplicaciones, se había llegado progresivamente a nuevas estructuras en la producción de bienes de consumo. Había aparecido una *nueva forma de propiedad,* el capital, y *una nueva forma de trabajo,* el trabajo asalariado, caracterizado por gravosos ritmos de producción, sin la debida consideración para con el sexo, la edad y la situación familiar, y determinado únicamente por la eficiencia con vistas al incremento de los beneficios.

El trabajo se convertía de este modo en mercancía, que podía comprarse y venderse libremente en el mercado y cuyo precio era regulado por la ley de la oferta y la demanda, sin tener en cuenta el mínimo vital necesario para el sustento de la persona y de su família.

Además, el trabajador ni siquiera tenía la seguridad de vender la «propia mercancía», al estar continuamente amenazado por el desempleo, el cual, a falta de previsión social, significa-

ba el espectro de la muerte por hambre. Consecuencia de esta transformación era «la división de la sociedad en dos clases separadas por un abismo profundo.

En el momento culminante de esta contraposición, cuando ya se veía claramente la gravísima injusticia de la realidad social, que se daba en muchas partes, y el peligro de una revolución favorecida por las concepciones llamadas entonces «socialistas», León XIII intervino con un documento que afrontaba de manera orgánica la *«cuestión obrera»*.

Los males, frente a los cuales quiere reaccionar la *«Rerum novarum»,* se derivaban de una libertad que, en la esfera de la actividad económica y social, se separa de la verdad del hombre.

5. Las «cosas nuevas» que el Papa tenía ante sí no eran ni mucho menos positivas todas ellas. Al contrario, el primer párrafo de la encíclica describe las «cosas nuevas» (que le han dado el nombre), con duras palabras: «Despertaba el *ansia de novedades* que desde hace ya tiempo agita a los pueblos, era de esperar que *las ganas de cambiarlo todo* llegara un día a pasarse del campo de la política al terreno, con él colindante, de la economía.

En efecto, los adelantos de la industria y de las profesiones, que caminan por nuevos derroteros; el cambio operado en las relaciones mutuas entre patronos y obreros; la acumulación de las riquezas en manos de unos pocos y la pobreza de la inmensa mayoría; la mayor confianza de los obreros en sí mismos y la más estrecha cohesión entre ellos, juntamente con la relajación de la moral, han determinado el planteamiento del *conflicto.*

Se trataba *del conflicto entre el capital y el trabajo* —como lo llamaba la encíclica—, la cuestión obrera... Nos hallamos ante un conflicto que contraponía, como si fueran «lobos», un hombre a otro hombre, incluso en el plano de la subsistencia física de unos y la opulencia de otros, y por eso el Papa sintió el deber de intervenir en vrtud de su «ministerio apostólico».

Su intención era ciertamente la de restablecer la paz, la paz que se edifica sobre el fundamento de la justicia... En tiempos de León XIII, prevaleciá una doble tendencia: una, orientada hacia este mundo y esta vida; la otra, dirigida hacia una salva-

ción puramente ultraterrena, pero que no iluminaba ni orientaba su presencia en la tierra...; mas el Papa reconociendo que a la Iglesia pertenecía enseñar y difundir la doctrina social conforme a su misión evangelizadora, interviene por reconocer que *no existe verdadera solución para la «cuestión social» fuera del Evangelio* y que, por otra parte, las «cosas nuevas» pueden hallar en él su propio espacio de verdad y el debido planteamiento moral.

6. Con el propósito de esclarecer el *conflicto* que se había creado entre capital y trabajo, León XIII defendía los derechos fundamentales de los trabajadores: *dignidad del trabajador* en cuanto tal y *la dignidad del trabajo,* definido como «la actividad ordenada a proveer a las necesidades de la vida, y en concreto a su conservación».

El Pontífice califica el trabajo como «personal», ya que «la fuerza activa es inherente a la persona y totalmente propia de quien tiene una dimensión social, «porque se puede afirmar con verdad que el trabajo de los obreros es el que produce la riqueza de los Estados». Todo esto está recogido y desarrollado en la encíclica *«Laborem exercens».*

Otro principio importante es, sin duda, el del *derecho a la «propiedad privada»,* que no es un valor absoluto, teniendo en cuenta el *destino universal de los bienes de la tierra...* Todos tienen derecho a poseer lo necesario para el desarrollo personal y el de la propia familia...

7. Entre los derechos propios e inalienables de la persona humana, está el «derecho natural del hombre» a formar asociaciones privadas, lo cual significa ante todo el derecho a crear *asociaciones profesionales* de empresarios y obreros, o de obreros solamente. Esta es la razón por la cual la Iglesia defiende y aprueba la creación de los llamados sindicatos, no ciertamente por prejuicios ideológicos, sino porque se trata precisamente de un «derecho natural» del ser humano, y el Estado no puede prohibir su formación, antes bien tutelar los derechos naturales...

Los obreros tienen también derecho a «limitación de las horas de trabajo», al legítimo descanso y a un trato diverso a los niños y a las mujeres en lo relativo al tipo de trabajo y a la duración del mismo.

«No es justo ni humano exigir al hombre tanto trabajo que termine por embotarse su mente debilitarse su cuerpo».

8. *Otro derecho* del obrero como persona es el derecho al «salario justo», que no puede dejarse «al libre acuerdo entre las partes, ya que según eso, pagado el salario convenido, parece como si el patrono hubiera cumplido ya con su deber y no debiera nada más»...

El trabajador en *cuanto es necesario* está regulado por la grave obligación que tiene cada uno de «conservar su vida»; de ahí la «necesaria consecuencia del derecho a buscarse cuanto sirve al sustento de la vida, cosa que para la gente pobre se reduce al salario ganado con su propio trabajo». El salario debe ser, pues, suficiente para el sustento del obrero y de su familia...

9. *Otro derecho más,* que conviene recordar por su importancia, dice el Papa, es el derecho a cumplir libremente los propios deberes religiosos... Él ratifica la necesidad del descanso festivo, para que el hombre eleve su pensamiento hacia los bienes de arriba y rinda el culto debido a la majestad divina... Todo hombre tiene derecho a la libertad religiosa...

10. Otra nota importante es la concepción de las relaciones entre el Estado y los ciudadanos. La *Rerum novarum* critica los dos sistemas sociales y económicos: el socialismo y el liberalismo. Al primero está dedicada la parte inicial, en la cual se reafirma el derecho a la propiedad privada; al segundo se le reservan críticas, a la hora de afrontar el tema de los deberes del Estado, el cual puede limitarse a «favorecer a una parte de los ciudadanos, esto es, a la rica y próspera, y «descuidar a la otra, que representa, a los pobres, o sea, a la gran mayoría del cuerpo social, de lo contrario se viola la gran mayoría del cuerpo social...

El Papa insiste sobre un principio elemental de sana organización política, a saber, que los individuos, cuanto más indefensos están en una sociedad tanto más necesitan el apoyo y el cuidado de los demás, en particular la intervención de la autoridad pública.

11. La relectura de aquella encíclica, a la luz de las realidades contemporáneas, nos permite apreciar *la constante pre-*

ocupación y dedicación de la Iglesia por aquellas personas que son objeto de predilección por parte de Jesús, nuestro Señor, o sea, por la llamada ahora «opción preferencial por los pobres».

Si León XIII apela al Estado para poner un remedio justo a la condición de los pobres, lo hace también porque reconoce oportunamente que el Estado tiene la principal incumbencia de velar por el bien común...

Cap. 2º. HACIA LAS «COSAS NUEVAS» DE HOY

12. La conmemoración de la *Rerum novarum* no sería apropiada sin echar una mirada a la situación actual. León XIII previó las consecuencias negativas —bajo los aspectos político, social y económico— de un ordenamiento de la sociedad tal como lo proponía el «socialismo», que entonces se hallaba en el estadio de filosofía social y de movimiento más o menos estructurado.

Algunos se podrían sorprender de que el Papa criticara las soluciones que se daban a la «cuestión obrera» comenzando por el socialismo, cuanto éste aún no se presentaba —como sucedió más tarde— bajo la forma de un Estado fuerte y poderoso, con todos los recursos a su disposición. Sin embargo, él supo valorar justamente el peligro que representaba para las masas ofrecerles el atractivo de una solución tan simple como radical de la cuestión obrera de entonces.

Al poner de manifiesto que la naturaleza del socialismo de su tiempo estaba en la supresión de la propiedad privada, León XIII llegaba de veras al núcleo de la cuestión. Merecen ser leídas con atención sus palabras:

«Para solucionar este mal (la injusta distribución de las riquezas junto con la miseria de los proletarios) los socialistas instigan a los pobres al odio contra los ricos y tratan de acabar con la propiedad privada estimando mejor que, en su lugar, todos los bienes sean comunes...; pero esta teoría es tan inadecuada para resolver la cuestión, que incluso llega a perjudicar a las propias clases obreras; y es además sumamente injusta, pues ejerce violencia contra los legítimos poseedores, altera la

misión del Estado y perturba fundamentalmente todo el orden social.»

No se podían indicar mejor los males acarreados por la instauración de este tipo de socialismo como sistema de Estado, que sería llamado más adelante «socialismo real».

13. Ahondando ahora en esta reflexión y haciendo referencia a lo que ya se ha dicho en las encíclicas *Laborem exercens* y *Sollicitudo rei socialis,* hay que añadir aquí que el error fundamental del socialismo es de carácter antropológico, pues considera a todo hombre como un simple elemento y una molécula del organismo social...

El hombre queda reducido así a una serie de relaciones sociales, desapareciendo el concepto de persona como sujeto autónomo de decisión moral, que es quien edifica el orden social mediante tal decisión.

De esta errónea concepción de la persona provienen la distorsión del derecho, que define el ámbito del ejercicio de la libertad, y la oposición a la propiedad privada. El hombre, en efecto, cuando carece de algo que pueda llamar «suyo» y no tiene posibilidad de ganar para vivir por su propia iniciativa, pasa a depender de la máquina social y de quienes la controlan, lo cual le crea dificultades mayores para reconocer su dignidad de persona y entorpece su camino para la constitución de una auténtica comunidad humana.

Si luego preguntamos dónde nace esa errónea concepción de la nauraleza de la persona..., hay que responder que su causa principal es el ateísmo. La negación de Dios priva de su fundamento a la persona y, consiguientemente, la induce a organizar el orden social prescindiendo de la dignidad y responsabilidad de la persona.

El ateísmo del que aquí se habla tiene estrecha relación con el racionalismo iluminista, que concibe la realidad humana y social del hombre de manera mecanicista. Se niega de este modo la intuición última acerca de la verdadera grandeza del hombre, su trascendencia respecto al mundo material...

14. De la misma raíz atea brota también la elección de los medios de acción propia del socialismo, condenado en la *Rerum novarum.* Se trata de la lucha de clases. El Papa, ciertamente,

no pretende condenar todas y cada una de las formas de conflictividad social.

Por lo demás, la encíclica *Laborem exercens* ha reconocido claramente el papel positivo del conflicto cuando se configura como «lucha por la justicia social». Y en la *«Quadragesimo anno»* se decía: «En efecto cuando la lucha de clases se abstiene de los actos de violencia y del odio recíproco, se transforma poco a poco en una discusión honesta, fundada en la búsqueda de la justicia».

Lo que se condena en la lucha de clases es la idea de un conflicto que no está limitado por consideraciones de carácter ético o jurídico, que se niega a respetar la dignidad de la persona en el otro...

15. La *Rerum novarum* se opone a la estatalización de los medios de producción, que reduciría a todo ciudadano a una «pieza» en el engranaje de la máquina estatal... También señala la vía de las justas reformas, que devuelven al trabajo su dignidad de libre actividad del hombre y defenderlo contra el desempleo...

Por otra parte, la sociedad y el Estado deben asegurar unos niveles salariales adecuados al mantenimiento del trabajador y de su familia, incluso con cierta capacidad de ahorro... y en fin hay que garantizar el respeto por horarios «humanos» de trabajo y de descanso, y el derecho a expresar la propia personalidad en el lugar de trabajo, sin ser conculcados de ningún modo en la propia conciencia o en la propia dignidad...

16. Las reformas fueron realizadas en parte por los Estados; pero en la lucha por conseguirlas tuvo un papel importante la *acción del movimiento obrero.* Nacido como reacción de la conciencia moral contra situaciones de injusticia y de daño, desarrolló una vasta actividad sindical, reformista, lejos de las nieblas de la ideología y más cercana a las necesidades diarias de los trabajadores.

En este ámbito, sus esfuerzos se sumaron con frecuencia a los de los cristianos para conseguir mejores condiciones de vida para los trabajadores. Después, este movimiento estuvo dominado, en cierto modo, precisamente por la ideología marxista contra la que se dirigía la *Rerum novarum.*

17. Leyendo la encíclica con todo el rico magisterio de León XIII, se nota que, en el fondo, está señalando las consecuencias de un error de mayor alcance en el campo económico-social. Es un error que, como ya se ha dicho, consiste en una concepción de la libertad humana que la aparta de la obediencia de la verdad y, por tanto, también del deber de respetar los derechos de los demás hombres.

Este error precisamente llega a sus extremas consecuencias durante el trágico ciclo de las guerras que sacudieron Europa y el mundo entre 1914 y 1945. Fueron guerras originadas por el militarismo, por el nacionalismo exasperado, por las formas de totalitarismo relacionado con ellas, así como por guerras derivadas de la lucha de clases, de guerras civiles e ideológicas.

La *Rerum novarum* combatía las ideologías que llevan al odio, causa de tantos males, e indicaba la vía para vencer la violencia y el rencor mediante la justicia.

18. En verdad que desde 1945 las armas están calladas en el continente europeo; sin embargo, la verdadera paz —recordémoslo— no es el resultado de la victoria militar, sino algo que implica superación de las causas de la guerra y la auténtica reconciliación entre los pueblos.

Por muchos años, sin embargo, ha habido en Europa y en el mundo una situación de no-guerra, más que de paz auténtica. Mitad del continente bajo el dominio de la dictadura comunista, mientras la otra mitad se organiza para defenderse contra tal peligro...

Como consecuencia de esta división violenta, masas enormes de hombres son obligadas a abandonar su tierra y deportadas forzosamente.

Una carrera desenfrenada a los armamentos absorbe los recursos necesarios para el desarrollo de las economías internas y para ayudar a las naciones menos favorecidas. El progreso científico y tecnológico, que debiera contribuir al bienestar del hombre, se transforma en instrumento de guerra: ciencia y técnica son utilizadas para producir armas cada vez más perfeccionadas y destructivas. En definitiva, sobre todo el mundo se cierne la amenaza de una guerra atómica, capaz de acabar con la humanidad...

Pero la guerra puede terminar, sin vencedores ni vencidos, en un suicidio de la humanidad; por lo cual hay que repudiar la lógica que conduce a ella, la idea de que la lucha por la destrucción del adversario, la contradicción y la guerra misma sean factores de progreso y de avance de la historia.

Cuando se comprende la necesidad de este rechazo, deben entrar forzosamente en crisis tanto la lógica de la «guerra total» como la de la «lucha de clases».

19. Al final de la segunda guerra mundial, este proceso se está formando todavía en las conciencias, pero el dato que se ofrece a la vista es la extensión del totalitarismo comunista a más de la mitad de Europa y a gran parte del mundo. La guerra, que tendría que haber devuelto la libertad y haber restaurado el derecho de las gentes, se concluye sin haber conseguido estos fines; más aún, se concluye en un modo abiertamente contradictorio para muchos pueblos, especialmente para aquellos que más habían sufrido.

Existen, además, otras fuerzas sociales y movimientos ideales que se oponen al marxismo con la construcción de sistemas de «Seguridad nacional», que tratan de controlar capilarmente toda la sociedad para imposibilitar la infiltración marxista. Se proponen preservar del comunismo a sus pueblos exaltación e incrementando el poder del Estado, pero con esto corren el grave riesgo de destruir la libertad y los valores de la persona, en nombre de los cuales hay que oponerse al comunismo.

Otra forma de respuesta práctica, finalmente, está representada por la sociedad del bienestar o sociedad de consumo. Esta tiende a derrotar el marxismo en el terreno del puro materialismo..., y viene a coincidir con el marxismo en el reducir totalmente al hombre a la esfera de lo económico y a la satisfacción de las necesidades materiales...

21. Hay que recordar, por último, que después de la segunda guerra mundial, y en parte como reacción a sus errores, se ha ido difundiendo un sentimiento más vivo de los derechos humanos, que ha sido reconocido en diversos *documentos internacionales,* y en la elaboración podía decirse, de un nuevo «derecho de gentes», al que la Santa Sede ha dado una constante aportación.

La pieza clave de esta evolución ha sido la Organización de las Naciones Unidas. No sólo ha crecido la conciencia del derecho de los individuos sino también la de los derechos de las naciones...

Cap. 3ª. EL AÑO 1889

22. A lo largo de los años ochenta van cayendo poco a poco en algunos países de América Latina, e incluso de Africa y de Asia, ciertos regímenes dictatoriales y opresores; en otros casos da comienzo un camino de transición, difícil pero fecundo, hacia formas políticas más justas y de mayor participación.

Una ayuda importante e incluso decisiva la ha dado la Iglesia *con su compromiso en favor de la defensa y promoción de los derechos del hombre.* En ambientes intensamente ideologizados, donde posturas partidistas ofuscan la conciencia de la común dignidad humana, la Iglesia ha afirmado con sencillez y energía que todo hombre —sean cuales sean sus convicciones personales— lleva dentro de sí la imagen de Dios, y por tanto merece respeto.

Los complejos problemas de aquellos pueblos se pueden resolver por medio del diálogo y de la solidaridad, en vez de la lucha para destruir al adversario y en vez de la guerra.

23. Entre los numerosos factores de la caída de los regímenes opresores, algunos merecen ser recordados de modo especial. El factor decisivo que ha puesto en marcha los cambios es sin duda alguna la violación de los derechos del trabajador.

No se puede olvidar que la crisis fundamental de los sistemas que pretenden ser expresión del gobierno y, lo que es más, de la dictadura del proletariado da comienzo con las grandes revueltas habidas en Polonia en nombre de la solidaridad. Son las muchedumbres de los trabajadores las que desautorizan la ideología, que pretende ser su voz; son ellas las que encuentran y como si descubrieran de nuevo expresiones y principios de la doctrina social de la Iglesia, partiendo de la experiencia, vivida y difícil, del trabajo y de la opresión.

Merece ser subrayado también el hecho de que casi en to-

das partes se ha llegado a la caída de semejante «bloque» o imperio a través de una lucha pacífica, que emplea solamente las armas de la verdad y de la justicia...

24. El segundo factor de la crisis es, en verdad, la ineficacia del sistema económico, lo cual no ha de considerarse como un problema puramente técnico, sino más bien como consecuencia de la violación de los derechos humanos a la iniciativa, a la propiedad y a la libertad en el sector de la economía. A este aspecto hay que asociar en un segundo momento la dimensión cultural y la nacional...

La verdadera causa de las «novedades», sin embargo, es el vacío espiritual provocado por el ateismo, el cual ha dejado sin orientación a las jóvenes generaciones y en no pocos casos las ha inducido, en la insoslayable búsqueda de la propia identidad y del sentido de la vida, a descubrir las raíces religiosas de la cultura de sus naciones y la persona misma de Cristo, como respuesta esencialmente adecuada al deseo de bien, de verdad y de vida que hay en el corazón de todo hombre.

Esta búsqueda ha sido confortada por el testimonio de cuantos, en circunstancias difíciles y en medio de la persecución, han permanecido fieles a Dios. El marxismo había prometido desenraizar del corazón humano la necesidad de Dios; pero los resultados han demostrado que no es posible lograrlo sin trastocar ese mismo corazón.

25. Los acontecimientos del año 1989 ofrecen un ejemplo de éxito de la voluntad de negociación y del espíritu evangélico contra un adversario decidido a no dejarse condicionar por principios morales: son una amonestación para cuantos, en nombre del realismo político, quieren eliminar del ruedo de la política el derecho y la moral.

Ciertamente la lucha que ha desembocado en los cambios de 1989 ha exigido lucidez, moderación, sufrimientos y sacrificios; en cierto sentido, ha nacido de la oración y hubiera sido impensable sin una ilimitada confianza en Dios, Señor de la historia que tiene en sus manos el corazón de los hombres.

Uniendo el propio sufrimiento por la verdad y por la libertad al de Cristo en la cruz, es así como el hombre puede hacer el milagro de la paz y ponerse en condiciones de acertar con el

sendero a veces estrecho entre la mezquindad que cede al mal y la violencia que, creyendo ilusoriamente combatirlo, lo agrava.

Por otra parte, el hombre, creado para la libertad, lleva dentro de si la herida del pecado original, que lo empuja continuamente hacia el mal y hace que necesite la redención. Esta doctrina no sólo es *parte integrante de la revelación cristiana,* sino que tiene también un gran valor hermeneútico en cuanto ayuda a comprender la realidad humana. El hombre tiende hacia el bien, pero es también capaz del mal; puede trascender su interés inmediato y, sin embargo, permanece vinculado a él.

La parábola evangélica de la buena semilla y la cizaña (Mt. 13,24 ss.) nos enseña que corresponde solamente a Dios separar a los seguidores del Reino y a los seguidores del maligno, y que este juicio tendrá lugar al final de los tiempos. Pretendiendo anticipar el juicio ya desde ahora, el hombre trata de suplantar a Dios y se opone a su paciencia.

Gracias al sacrificio de Cristo en la Cruz, la victoria del Reino de Dios ha sido conquistada de una vez para siempre; sin embargo, la condición cristiana exige la lucha contra las tentaciones y las fuerzas del mal. Solamente al final de los tiempos volverá el Señor en su gloria para el juicio final (Mt. 25,31), instaurando los cielos nuevos y la tierra nueva (2 Ped. 3,13); pero mientras tanto la lucha entre el bien y el mal continua incluso en el corazón del nombre.

26. Los acontecimientos del año 1989 han tenido lugar principalmente en los países de Europa oriental y central, sin embargo, revisten importancia universal, ya que de ellos se desprenden consecuencias positivas y negativas que afectan a toda la familia humana.

La primera consecuencia ha sido en algunos países, el *encuentro entre la Iglesia y el movimiento obrero,* nacido como una reacción de orden ético y concretamente cristiano contra una vasta situación de injusticia. Durante casi un siglo dicho movimiento en gran parte había caído bajo la hegemonía del marxismo, no sin la convicción de que los proletarios, para luchar eficazmente contra la opresión, debían asumir las teorías materialistas y economicistas.